J. Silva Aramburu

¿QUIEN SE CASA CON PAULINA...?

Comedia en tres actos y en prosa.



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24
1925

¿Quién se casa con Paulina...?

¿QUIEN SE CASA CON PAULINA...?

COMEDIA en tres actos y en prosa, original de

J. Silva Aramburu

Estrenada en el TEATRO-CIRCO, de ALBACETE, la noche del 31 de enero de 1925.



MADRID
IMPRENTA DE L. RUBIO
CALLE DE LAS AGUAS, 11 DUPLICADO
1925

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PAULINA	Luisa Puchol.
DOÑA ISABEL	Victoria Argota.
TOMASONA	Victoria Moncó.
MARIA-TERESA	Matilde López.
DOÑA CÁNDIDA	Angeles Cortés.
FLORITA	Marina Domingo.
LAURITA	Conchita Ripoll.
ÁGUEDA	Petra F. Conde.
GUSTAVO	Joaquín Roa.
SANSÓN	Mariano Ozores.
JUAN-ANTONIO	Juan Calvo.
DON FERNANDO	Joaquín F. Alcaine.
LORENZO	Francisco Amengual.
ALFONSO	Eloy Vilches.
HOMBRE 1.º	Jesús Ortiz.
VOZ DE HOMBRE	M. Pinto.

Mujeres, hombres y chicos.

La acción del primer acto en Sagreda; la del segundo y tercero en Fontanares, capital y pueblo fantásticos de una provincia castellana. Actual. Verano.

LADOS, LOS DEL ACTOR

DEDICATORIA

Fué tan cariñosa la acogida que los artistas todos de la compañía Puchol-Ozores dispensaron a esta comedia; tan grandes el entusiasmo y el acierto con que cooperaron a su éxito; tan sinceras las demostraciones de afecto con que hubieron de honrarme, que yo no procedería rectamente si no les hiciese desde aquí la modesta ofrenda de mi labor.

Buena o mala, esta obra, a ellos pertenece por derecho propio: acéptenla, pues, como homenaje de gratitud y de admiración; y piensen que con estas páginas va hasta ellos—desde el más elevado al más humilde—un leal testimonio de amistad y un fervoroso recuerdo de horas muy gratas, que vivirá siempre, a través de las más varias emociones, en el corazón de

EL AUTOR

Madrid-Febrero-1925.



ACTO PRIMERO

Interior de la severa mansión de los Condes del Pinar en Sagreda. Todo en ella respira austeridad y respeto a la tradición; afiligranados bargueños, venerables cornucopias, una antigua y rica araña, una suntuosa sillería de vetusto tapizado, retratos de antepasados famosos por su virtud o por su valor; el escudo de armas en un rico tapiz y en la polícroma vidriera del ventanal que cierra el ángulo derecho del foro... Cuanto, en fin, pueda hacer llegar al espectador la sensación de seriedad y orden que preside en aquella casa. La escena tiene una puerta en primer término derecha y otra en lateral izquierda.

Cae la tarde de un día de fines de verano al levantarse el telón. La escena aparece sola y alumbrada únicamente por los últimos rayos del sol en ocaso, que penetran por el abierto ventanal citado.

En un reloj inglés que hay en escena suenan las siete; las campanas de un convento de monjas se escuchan luego, lejanas. A los pocos instantes se oye dentro cascabelera y alegre la risa de Paulina; ésta hace su entrada en escena por primer término derecha. Trae en sus manos un muñeco de los llamados «Dady Doll». María Teresa, que entra con ella, es portadora de un paquete y de un brazado de flores.

PAULINA — Te asombra verme y oirme, ¿verdad? ¡Ah! Es que olvidas que yo soy una mujercita educada a la moderna que ha venido a renovar a Sagreda, la vieja y triste capital castellana.

M.ª TERESA — Lo que eres, por lo menos, es una criatura encantadora.

PAULINA — Muchas gracias, aunque ese piropo hubiera estado más propio en labios de Gustavo, antes de abandonarnos, dejándonos con la palabra en la boca; pero, sin duda, a estas horas le está prohibido piropear a las muchachas.

M.ª TERESA — No, mujer. Es que en este momento le esperan las monjitas para tocar el órgano en el Rosario. Supongo que no te habrás enfadado por eso.

PAULINA — ¿Enfadarme yo porque cumpla con su deber?... Tú olvidas que me he educado en Inglaterra.

M.ª TERESA — Además, te ha prometido que a la hora de cenar vendrá y ejecutará al piano una nueva producción que le han enviado de Madrid. *(Una pausa, durante la cual Paulina enciende la luz de un velón, colocado sobre una mesita delante del ventanal.)* ¡Pobre Gustavo! Le vuelves loco con tus cosas: desde que llegaste a Sagreda, a vivir con tus abuelos los excelentísimos señores Condes del Pinar, el pobre muchacho no vive ni descansa; si toca el órgano, piensa en tí; si compone música, te la dedica a tí...

PAULINA — Sí; pero a mí no me dice ni una palabra.

M.ª TERESA — ¡El pobre!... Tendrá, sin duda, temor a que le despaches con una de tus genialidades...

PAULINA — Pero ¿no ve bien claro que no?... ¿No comprende que yo, en el fondo, soy una romántica que he llegado a interesarme por él a fuerza de escucharle fugas, sonatas y

sinfonías?... Porque, eso sí, María Teresa, Gustavo es un admirable pianista, lo que se llama un virtuoso escondido aquí entre las casas lóbregas y pardas de Sagreda.

M.ª TERESA Y un buen muchacho, además.

PAULINA Alcánzame aquel tibor. *(Durante todo lo anterior va colocando en diversos recipientes las flores que trajo María Teresa, y que convenientemente distribuídas por la escena llenan ésta de alegría y color.)* Veremos si mañana se decide.

M.ª TERESA ¿Mañana?

PAULINA Sí, he hecho que le inviten a una jira, a la que yo he de ir con las chicas de D. Mariano, el Delegado de Hacienda; vamos 18 o 20 muchachos y varias personas serias... totalmente innecesarias, porque es muy fácil que se queden a mitad del camino. ¿Quieres venir tú con nosotros?... Anda, anímate... Yo les pediré el permiso a tus padres.

M.ª TERESA ¿Y es la jira?

PAULINA A la Virgen del Valle; me han asegurado que es una excursión muy pintoresca. Cuatro horas a caballo.

M.ª TERESA Entonces, no esperes que se decida Gustavo.

PAULINA ¿Por qué?

M.ª TERESA Porque como en la vida ha hecho ejercicios de equitación, harto tendrá con no rodar por el santo suelo a poco que el caballo se lo proponga.

PAULINA ¡Si es así, qué hemos de hacerle! Nos divertiremos al menos!... Ya están las flores; ahora, antes de poner estos jarrones sobre el bargueño, desenvuelve el paquete. *(María Teresa lo hace.)* Es una colcha india que compré en Gibraltar a mi regreso a España. *(Mostrándosela a María Teresa; de colores vivos y encendidos, desta-*

ca de un modo notable en la severidad de la escena.) ¿Eh, qué te parece?

M.ª TERESA Preciosa... pero...

PAULINA Llamativa, ¿verdad?

M.ª TERESA Un poco, un poco.

PAULINA ¡Exigencias de la moderna decoración de interiores! Verás cómo alegra este rincón, una vez colocada. *(La pone cubriendo artísticamente parte del bargueño.)* Así... ¿Qué tal?... Y los jarrones encima. Y sobre esta butaca tan severa, la nota risueña de este «Dady-Doll». *(Colocando el muñeco. Buscando algo que no encuentra.)* ¿Y los almohadones? ¡Vaya!... Ya me los han escondido otra vez. ¡Esta Agueda!... Por aquí asoman. *(Saca de debajo del sofá varios almohadones modernos, que distribuye convenientemente por la escena.)* ¡Ajajá!... ¡Alegría, vida y color!... Y para acabar de completar mi obra, cubro este velón con esta tela... *(Lo hace con una tela clara y de colorines que le deja convertido en modernísimo portátil.)* ¿Eh?... ¿Qué te parece?

M.ª TERESA ¡Admirable!

PAULINA ¿No hay ahora más luz y más gracia en esta habitación, ¡Ah!... Pues esto no es más que el principio. Ya verás, ya verás... yo acabaré instalando en este vetusto caserón de mis abuelos un «fumoir» turco, una pianola eléctrica y un saloncito japonés.

M.ª TERESA ¡No quiero pensar cómo va a ponerse tu abuela Isabel!... ¡Ja, ja, ja!...

PAULINA ¡Ja, ja, ja!... Es que a ella, como me lo proponga, la convenzo para que se corte el pelo a media melena.

M.ª TERESA ¿Y a tu abuelo Fernando?

PAULINA A que visite a la «Manicure» dos veces por semana. *(Todo esto, sazonado por alegres y sonoras carcajadas. Por segunda izquierda, doña Isabel; es una señora de sesenta*

años, tan severa y elegante como su mansión; recuerdo vivo de un siglo que se fué.)

D.ª ISABEL ¿Qué os pasa, chiquillas?... Se oyen vuestras carcajadas desde el oratorio... *(Reparando en las innovaciones introducidas por Paulina en la habitación.)* Pero ¿qué es esto? ¿De dónde han salido este muñeco y estas flores y estas telas ... *(Paulina y María Teresa ríen picarescamente.)* ¿Has sido tú, verdad, Paulina? Debí figurármelo.

PAULINA Pero abuela Isabel, si es que enfría el alma ver la casa tan hosca y tan seria, que sólo da ganas de pensar en la Inquisición...

D.ª ISABEL No, si como tú te lo propongas, acabaremos tu abuelo Fernando y yo por vestir a la moda de este siglo y por ser aficionados al «tennis» y al «foot-ball», como vosotras.

M.ª TERESA Nada, nada, doña Isabel; hay que seguir las corrientes modernas.

D.ª ISABEL Las flores, pasen; llevan en sí la gracia de Dios, y con eso ya tienen bastante; el muñeco, pase también... ¡tengo tantas ganas de ver un muñeco que ruede por encima de estos sillones!...

PAULINA Abuela...

D.ª ISABEL Pero esa tela... con esos colorines...

PAULINA Te advierto que es el último grito.

D.ª ISABEL A mí me parece demasiado chillona.

PAULINA ¿No te digo que es el último grito?

D.ª ISABEL Sí, pero... encima de un bargueño que ha visto desfilar ante sí la Corte de los Felipes...

PAULINA ¡Ah!, por el bargueño no lo sientas, porque no ha de quejarse; ni los Felipes tampoco.

D.ª ISABEL ¡En fin! No hay más remedio que transigir con tus innovaciones. Algo de esto presentía yo cuando me oponía a que te educases en un Colegio de Londres. Pero no hubo medio de convencer a tu pobre padre, tan de acuerdo siempre con la moda,

hasta en esto de la educación de los hijos, que debiera tener algo de tradicional.

M.ª TERESA No le falta a usted la razón del todo, doña Isabel.

D.ª ISABEL ¿Verdad que no, hija mía? El temor de Dios sólo entre las faldas de una abuela vieja se conserva, y el amor a lo nuestro... y hasta ese poquito de romanticismo que siempre tuvimos—yo lo tuve hace ya mucho tiempo, claro está—las muchachas españolas, y que ahora ya no se denomina romanticismo, sino cursilería.

PAULINA *(Se ha sentado como una chicuela en un almohadón a los pies de su abuela Isabel.)* Eso, no, abuela Isabel; yo también tengo mi poquito de romántica.

D.ª ISABEL *(Incrédula.)* ¿Tú?

PAULINA Yo... yo, y si no que te cuente María Teresa nuestra aventura de la otra tarde en la ermita del Consuelo.

M.ª TERESA ¡Verdad que sí!

D.ª ISABEL ¿Y qué fué ello? Contadme...

PAULINA Verás: nos habíamos alejado sin sentir de Sagreda, cuando empezó a caer la tarde; el campo, al envolverle las sombras de la noche, estaba más silencioso y más bello que nunca; más humilde que nunca también, al extenderse como un manso rebaño a los pies de las murallas de la ciudad, que se perdían allá lejos como unos brazos muy fuertes que se alzasen al cielo... De repente, yo no sé por qué secreta inspiración, les dije a todos—todos, éramos María Teresa, Luz, Concha, Gustavo, Miguelito y dos o tres más—: «¿Queréis que subamos ahora a la ermita del Consuelo?» No hubo ni una respuesta siquiera; todos, como chiquillos alocados, echamos a correr hacia la ermita; pero al llegar, ¡qué decepción más grande, abuela! La ermita estaba cerrada. «¿Qué importa?»—dije yo—.

«Despertaremos al santero»; y yo misma subí a despertarle. El pobre, te aseguro que me miraba como asustado, cuando le pedí que nos abriese la puerta de aquel oratorio perdido en el campo, ¡a las ocho de la noche!... Con tal decisión o con tal fe me vió pedírselo, que accedió al fin, y abrió y entramos todos en tropel. La capillita no tenía más luces que las de la lámpara votiva, y así, un poco amedrentados por aquella soledad y por aquel silencio, nos colocamos cada uno en un sitio distinto: María Teresa, en las gradas del altar; otros, en un rincón, junto a un confesionario; yo, en un banco de madera tosco y duro. De pronto, una música divina nos envolvió a todos. Gustavo había subido al órgano y el órgano hablaba, hablaba a nuestras almas de dichas inefables, de cariños no sentidos jamás, de anhelos de santidad y perfección... y unos, reclinaron en sus manos las frentes pensativas y rezaron... y otros lloramos de emoción y de angustia, mientras la lámpara votiva, al agitarse por una brizna de aire que vino del campo, dibujó en el retablo del altar unas sombras extrañas y el órgano siguió sonando allá arriba, más tenue cada vez como si se perdiera su sonido y éste no hubiese sido humano, sino divino... de ángeles, o de vírgenes... Dime ahora, abuela Isabel, si yo no tengo también un poquito de romántica.

D.ª ISABEL (*Limpiándose una lágrima.*) Tienes razón, chiquilla. Lo contrario hubiera sido desmentir tu sangre.

PAULINA Y yo no la desmiento, aunque a veces me guste hacer rabiar a los Felipes, cubriendo sus viejos bargueños con sedas indias o llenando las habitaciones de tu viejo palacio de comodísimos almohadones que me

permiten sentarme así, como una niña chica, junto a las faldas venerables de la abuela Isabel. *(Por derecha, don Fernando; es el digno compañero de doña Isabel. Apegado, como ella, a lo tradicional, es un prócer del siglo XIX, que mira con desdén las modas y las costumbres de este otro en que viven.)*

D. FERN. *(Entrando.)* ¿Rezáis o murmuráis?

PAULINA Ni una cosa ni otra, abuelo Fernando.

D. FERN. Hola, María Teresa, ¿cómo va?

D.ª ISABEL Escuchábamos a tu nieta referir una página de romanticismo.

D. FERN. ¿De qué autor?

PAULINA De uno muy moderno, señor bibliotecario... Yo mismita.

D. FERN. Un poco menos modera debías ser para no llenarnos la casa de trastos y cachivaches inútiles, y lo que es peor, feos además.

PAULINA Si lo dices por este muñeco y por esta tela... te advierto que antes de ponerlos he pedido el consejo y la autorización a la abuela Isabel. *(Haciendo picarescamente a ésta señas para que se calle o diga que sí.)*

D. FERN. ¿Que a tí te ha pedido?... Y por supuesto, como si lo viera, la autorizaste a...

D.ª ISABEL Hombre, yo...

D. FERN. No, si tú acabarás tan loca como tu nieta. Está visto que aquí, el único sentado soy yo. Es decir, soy el único no sentado... después de la caminata que me acabo de dar.

D.ª ISABEL Pero ¿cómo tan sólo? ¿No ha llegado tu hermano Sansón?

D. FERN. ¿Qué ha de llegar?... Ese botarate, mala cabeza, yo no sé cuándo va a ordenar su vida; bien que él asegura que está en la edad de la imprevisión y de la improvisación.

PAULINA ¿Cuántos años tiene el tío Sansón, abuelo Fernando?

D. FERN. Sesenta y tres, hija mía.

M.ª TERESA Yo, con permiso de ustedes, voy a marcharme ya a casa.

PAULINA Y yo, con vuestro permiso también, voy a acompañarla... para pedir a sus padres que la dejen venir mañana a la excursión a la Virgen del Valle.

D.ª ISABEL Pero volverás enseguida, ¿eh?

PAULINA En seguida.

D. FERN. Y a propósito de esa excursión, ¿va con vosotros ese muchacho músico?...

PAULINA ¿Gustavo?

D. FERN. Sí, Gustavo creo que se llama... ese que viene aquí con frecuencia y toca a Chopin y a Grieg.

PAULINA Sí, en efecto; irá con nosotros...

D. FERN. ¿Y qué? ¿Qué tal muchacho te parece a ti ese Gustavo?... ¿Has hablado alguna vez con él a solas? ¿Te agrada física o moralmente?

PAULINA Abuelo Fernando, preguntas unas cosas...

D. FERN. ¿No sientes por él ninguna especial inclinación, verdad?

PAULINA (¿Cómo voy a decirle?...) Claro que no... Pero no entiendo...

D. FERN. Anda, anda, tontina... han sido preguntas sin importancia, chocheces de viejo, si quieres... Ve a acompañar a María Teresa.

D.ª ISABEL Y no tardes en volver, que es ya casi nocre cerrada...

M.ª TERESA Adiós, doña Isabel.

D.ª ISABEL Adiós, hija mía. *(Despedidas, etc.)*

M.ª TERESA *(Al mutis. Aparte a Paulina.)* Tu abuelito debe sospechar algo.

PAULINA *(Idem a María Teresa.)* Y lo que sospecha me parece a mí que no le hace mucha gracia... *(Mutis derecha.)*

D. FERN. Esto es algo inaudito, inexplicable, incomprensible, querida Isabel.

D.ª ISABEL Pero hombre, te pones así porque tu hermano Sansón no haya llegado en el tren

que anunció, ¡como si fuese la primera vez que eso ocurre!

D. FERN. ¿Qué estás diciendo ahí de Sansón, mujer? ¿Ni qué me importa a mí ahora de Sansón, ni de todos los filisteos?... Yo me refiero a otra cosa más grave, más trascendental, más importante.

D.ª ISABEL ¿Más importante?

D. FERN. ¡Claro! Al porvenir de nuestra nieta Paulina...

D.ª ISABEL ¿Eh? ¿Qué dices, Fernando? Habla, habla pronto.

D. FERN. ¿Tú no has oído las preguntas que yo la he hecho antes de que saliera de aquí?

D.ª ISABEL Las he oído y, ¿por qué no decirlo?, me han extrañado sobremanera.

D. FERN. Pues debes suponer que tienen una lógica explicación. Al salir de casa he recibido una noticia que ni quiero ni debo ocultarte. Gustavo, ese muchacho músico, de quien antes hemos hablado y que desde la llegada de Paulina a Sagreda, frecuenta con más asiduidad esta casa, está enamorado, seriamente enamorado según él, de nuestra nieta.

D.ª ISABEL ¿De Paulina?

D. FERN. Yo no tengo ninguna otra; ignoro si tú...

D.ª ISABEL ¡Qué tonterías dices!

D. FERN. Como comprenderás, no era esta noticia para echarla en saco roto; por eso me he apresurado a averiguar, con mi discreción de siempre, eso sí, el grado de simpatía que Paulina pueda sentir por ese caballerete.

D.ª ISABEL Afortunadamente, ya has oído la respuesta.

D. FERN. Sí; pero por fas o por nefas, es preciso que Paulinita no vaya mañana a la excursión a la Virgen del Valle.

D.ª ISABEL ¿Tú crees?...

D. FERN. Que es absolutamente indispensable que no vaya. De sobra conoces mi lema, contrario en absoluto al de mi hermano: previ-

sión y meditación. Por eso he decidido que lo primero que hay que hacer es prohibir la entrada en esta casa a ese osado murguista.

D.ª ISABEL Sí, realmente, poner los ojos en nuestra nieta...

D. FERN. Un hombre sin posición, sin historia, sin apellido. Imagínate, puede que descienda de gentes sin cultura y sin moral; quién te dice que no hay en su familia algún prófugo renegado... o que su casta no tenga origen en algún bastardo de sabe Dios qué bastardía.

D.ª ISABEL No sigas por tu camino deductivo, porque vas a encontrarte con la desagradable sorpresa de que somos parientes suyos en Adán y Eva.

D. FERN. ¡Sería horrible! Además, es preciso buscar un novio a Paulinita.

D.ª ISABEL Estamos conformes.

D. FERN. Lo contrario sería exponernos a que se enamorase de alguien, que es lo peor que puede ocurrirle a una muchacha soltera.

SANSON *(Por la derecha, correctísimamente vestido a la última moda. Es un vejete alegre, simpático, a quien nada le asusta y que de todo se ríe; la completa antítesis de don Fernando, su hermano.)* Salud, amados hermanos.

D.ª ISABEL ¿Cómo?... ¿Tú?

D. FERN. ¡Sansón!

SANSON El mismo. ¿Os asombra mi llegada?... ¿No recibísteis mi carta?

D. FERN. Precisamente porque la recibimos nos asombra.

D.ª ISABEL ¿No nos anunciabas en ella que llegarías en el tren de esta tarde?

SANSON En efecto.

D. FERN. No, pues en el tren no has venido.

SANSON Claro que no. He venido en auto; a última hora nos propuso Alfonso Mairal a mi can-

didato y a mí, traernos en su automóvil y en su automóvil hemos venido, ¡a ochenta por hora! Un viaje delicioso. ¡Imprevisión e improvisación!: esa es la vida. Bueno, ¿pero y mi sobrina? Debe estar ya hecha toda una mujer... guapísima, por supuesto. ¡Ah! Os advierto que el candidato que me acompaña lo es por partida doble...

D.ª ISABEL ¿Qué dices?

D. FERN. Te habrás atrevido...

SANSON ¿A decirle que vuestra nieta es una preciosidad y que después de conquistar el acta de diputado debe conquistarla a ella? Queridos hermanos, conociéndome a mí, la duda ofende.

D. FERN. Pues sí que llegas con tu candidato en una ocasión oportuna.

D.ª ISABEL Cuando acabamos de decidir cerrar las puertas de esta casa a un muchacho que se ha atrevido a poner los ojos en Paulina.

SANSON Mala persona, ¿eh?

D. FERN. Peor: artista; tú no ignoras que todos los artistas son desordenados, viciosos, excesivamente alegres, trasnochadores y libertinos; se bebería la dote de Paulina, la abandonaría con tres o cuatro de familia para huir con una cualquiera; un desastre, Sansón, un verdadero desastre.

SANSON Sobre todo, previsto por tí.

D.ª ISABEL Con que ya ves si está ahora el terreno para admitir al primer recién llegado de la Corte, sin conocerle y sin saber...

SANSON Alto ahí: a mi candidato soy yo quien le abona.

D. FERN. ¿Y quién te abona a tí, querido hermano? ¿O es que crees que hemos olvidado tu vida en Madrid?
Dejemos eso aparte y dinos: ¿dónde has dejado a tus acompañantes?

SANSON En el hotel, terminando de arreglarse.

D. FERN. ¿Es que no vais a alojaros aquí?

SANSON De ninguna manera. Yo sé qe las puertas de tu casa se cierran a las diez de la noche para no abrirse hasta la mañana siguiente, y nosotros somos trasnochadores, pero no nos gusta dormir en la calle. ¿O es que crees que hemos olvidado tu vida en Sagreda?

D.ª ISABEL ¿Y no cenaréis al menos en nuestra compañía?

SANSON Yo, sí; Juan Antonio y Alfonso, no; en cuanto se le haya presentado a Fernando, siguen su camino a Fontanares, donde la lucha va a andar muy apretada, y es preciso disponer con tiempo la batalla.

D. FERN. Es decir, que ...

SANSON Que yo te le presento, que tú le prometes tu valioso apoyo en Sagreda y ¡ nada más !, sino que yo me quedo aquí para evitar que nos engañes.

D. FERN. ¡ Sansón !

SANSON ¡ Fernando ! ¿Es que yo no tengo derecho también a prevenirme alguna vez que otra?

D.ª ISABEL ¡ Continúas tan famoso como siempre !

D. FERN. Bien, pero... sepamos, ante todo, de quién se trata, qué ideas son las suyas, cuál es su origen, qué historia tiene...

SANSON ¿Ves tú? Eso está muy puesto en razón, si has de recomendarle. Escucha; el muchacho, que se llama Juan Antonio de Alcántara, es, ante todo y sobre todo, periodista, luchador. Sin trabas ni compromisos con partido político alguno, defiende el bien por el bien mismo. Sus amigos son los humildes, sus aspiraciones las de lograr el triunfo del que trabaja, ¿la tierra?... para el que la labra; ¿el libro?... ¡ para el que lo escribe ! ¡ Guerra a los grandes terratenientes y a los viejos usureros !... En su credo caben todas las creencias y en su ideal todas las ideas; sólo exige una previa condición: que las unas y las otras se asien

ten en este postulado: «Amor y respeto para todos los hombres.» Ya sabes quién es y cómo es mi candidato.

D. FERN. ¡Comprendido! Apadrinas a un librepensador; pierdes el tiempo viniendo a mí.

SANSON ¿Cómo que pierdo el tiempo? ¿Eso quiere decir que tú no estás dispuesto a ayudarle?

D. FERN. Pero... querido Sansón, ¿tú olvidas que yo represento en Sagreda la vieja y tradicional política conservadora, morigerada en sus costumbres y en sus ideas?

SANSON ¿Y tú olvidas que este hombre es un conservador... de todo lo bueno y un desterrador de todo lo malo?

D. FERN. Yo te ruego que no me pongas en el trance de...

SANSON Es preciso, absolutamente preciso que ayudes a Juan Antonio.

D. FERN. Imposible, totalmente imposible.

AGUEDA *(Vieja criada, por derecha.)* Don Juan Antonio de Alcántara espera ser recibido por los señores Condes... *(Hay un momento de silencio, que rompe Sansón.)*

SANSON Que pase ese joven. *(Mutis Agueda.)*

D.ª ISABEL Yo os dejo; realmente, en estas entrevistas políticas las mujeres estorbamos, si no hemos de llevar la voz cantante.

SANSON Tú no estorbarías; mandas tanto como tu marido en Sagreda; lo dicen las gentes parodiando un díptico famoso: «Tanto manda, manda tanto, doña Isabel como don Fernando.»

D.ª ISABEL ¿Quién podrá contigo?... En fin, no olvides que nos has prometido cenar con nosotros. *(Mutis izquierda.)*

D. FERN. Espero que sabrás comprender lo delicado de mi situación.

SANSON ¡Chist! Ni una palabra. *(Dirigiéndose a la puerta de la derecha, por la que hace su entrada Juan Antonio; un muchacho fuerte, risueño, agradable, de noble mirada,*

franco ademán y resuelta decisión.) Adelante, insigne Juan Antonio. He aquí mi hombre, querido Fernando. Aquí tienes tú a mi hermano, el poseedor de la llave del arca encantada en que se encierra tu acta de diputado a Cortes por Sagreda.

J. ANTONIO Si él fuera tan amable que... *(Saludos afectuosos, etc.)*

SANSON ¿Cómo amable? Tú no conoces a mi hermano. Ni dos minutos me ha dejado hablarle del asunto; apenas he abierto la boca para pedirle su apoyo, me la ha cerrado con una sola palabra: ¡concedido!

D. FERN. *(Que pone la cara que es de suponer.)* ¡Caramba, Sansón!...

SANSON ¿Cómo? Pero ¿es que vas a disimular ahora con este hombre, todo franqueza, todo cordialidad? *(A Juan Antonio.)* Siéntate, muchacho. Oye... *(A don Fernando.)* ¿sigues teniendo los cigarros en el segundo cajón del bargueño?

D. FERN. Creo que sí.

SANSON Es verdad: aquí están. *(Dando tres a Juan Antonio.)* Toma, éste para ahora; éste para luego, mientras llegáis a Fontanares, y éste para Alfonso. Y éste para mí; a tí no te doy. Ya sabes lo que tienen dicho los médicos: no te conviene.

D. FERN. No, no me conviene... (No me conviene que venga éste a menudo, porque me desvalija.)

SANSON Ahora... entendéos vosotros; ya estáis puestos en relación. *(Una pausa.)*

D. FERN. Con que... por lo visto es usted un gran amigo de mi hermano.

J. ANTONIO Sí, él fué quien me hizo pensar en presentarme candidato por Sagreda. Me ofreció su valiosa influencia.

D. FERN. ¿La suya?

J. ANTONIO No, la de usted.

D. FERN. ¡Ah!... Ya sé que sus ideas son algo avanzadillas.

J. ANTONIO Modernas, sí, señor; hay que proteger al que hasta ahora siempre tuvieron abandonado los gobiernos; hay que basar todas las soberanías en la soberanía del pueblo, que es bueno, y es fuerte y es noble; hay que hacer que todos, desde el más humilde, digan con sus actos a los gobernantes aquella hermosa frase que conserva nuestra historia como un tesoro de liberal orgullo: «Nos, que solo somos tanto como vos y juntos más que vos...»

SANSON *(Se levanta, sin poderse contener, de su asiento, aplaudiendo a Juan Antonio, y le abraza.)* ¡Bravo! ¡Bravo, chico! ¡Eres inmenso! Te felicito. *(A Fernando.)* Vas a ser el padrino de una gloria de la política.

D. FERN. No está mal el programa: algo revolucionario, claro está... En fin, yo sólo puedo decirle que...

SANSON *(Atajándole.)* Te adivino: «que cuanto él sea y cuanto él valgan, están a tu disposición.» Te votarán todos los curas de Sagreda; de eso se encarga éste. Te votarán los maridos de todas las beatonas de Sagreda; de eso se encarga mi cuñada. Y te votarán todos los amigos de las mujeres guapas de Sagreda; de eso me encargo yo.

D. FERN. Este Sansón, ya usted le conoce. Es algo alocado, imprevisor...

SANSON La edad, la edad, querido hermano.

D. FERN. Yo haré lo posible...

SANSON No hagas caso: hará lo imposible, porque para eso me quedo yo aquí, para que cumpla contigo la solemne, la formal promesa que acaba de empeñar. Y ahora vete, que aún has de hacer las demás visitas que tienes encargadas antes de salir para Fontanares.

J. ANTONIO Señor... no sé cómo agradecer a usted este cordialísimo recibimiento.

D. FERN. Nada, por Dios. A mi hermano, a mi hermano es a quien tiene usted que agradecerle... Mucho gusto en estrechar su mano... y hago votos por su triunfo.

SANSON ¿Eh?... ¿Qué te dije yo?... Faltan veinte días para la elección y ¡ya hace votos!... Tú, ¡siempre tan previsor!...

J. ANTONIO Muy agradecido, señor, muy agradecido.

SANSON Por aquí, ven, yo te acompañaré a la puerta. *(Al mutis por derecha.)* ¡Ah, oye! Mi sobrina, que ya te he dicho que es guapísima, no está en casa; por eso no te la hemos presentado... Como cuando tengas el acta pasarás aquí con nosotros un par de semanas, ya la conocerás... ¡y podrá cumplirse la segunda parte de mi programa! ¡Llamarte sobrino! *(Mutis.)*

D. FERN. *(Entre asombrado e indignado.)* ¡Qué tío... qué tío más lioso, y el Señor me perdone la expresión, está resultándome este hermano mío!...

D.ª ISABEL *(Saliendo por donde hizo mutis.)* ¿Qué?... ¿Pasaste ya el mal trago?

D. FERN. ¡Calla! ¡No me hables!... En la picota acaba de colocarme este dichoso Sansón. Le ha prometido en mi nombre una ayuda sin límites; figúrate, se indignará el jefe, me expulsará del partido, perderé su confianza, perderé la senaduría, perderé la salud... ¡Una catástrofe!... ¡Una verdadera catástrofe!

SANSON *(Entrando contentísimo por donde hizo mutis.)* ¡Va más alegre que unas castañuelas!... Creo que te ha hecho un extraordinario efecto, ¿verdad?... Buena presencia, gran palabra, gran corazón... Tendrás un verdadero éxito; será un excelente diputado, un magnífico subsecretario, un estupendo ministro... ¡Ah!, y un marido

ideal, un padre modelo y un yerno inmejorable.

D. FERN. ¡Calla, o no respondo!

SANSON Pero hombre, si estaba discurriendo por tu procedimiento...

D.ª ISABEL ¡Y dicen que no hay diversiones en Sagreda! *(Paulina entra por derecha. Al ver a un extraño, se detiene; pero de repente tiene una oculta revelación y pregunta.)*

PAULINA ¿Tío Sansón?

SANSON El mismo que viste... es decir, que no viste hace muchos años.

PAULINA *(Corriendo a sus brazos.)* ¡Tío Sansón! Con lo que yo tengo jugado en sus brazos... *(Rectificando.)* en tus brazos, porque yo siempre te he tuteado, ¿verdad?

SANSON Tú has mandado en mí siempre, como ama y señora.

PAULINA (¡Gracias a Dios que va a haber quien pueda meterle en cintura!)

D.ª ISABEL ¿Y qué?... ¿Cómo la encuentras?... ¿No la dices nada?

SANSON ¿Que cómo la encuentro, Isabel?... ¡Guapísima! Lo mismo que a aquella santa: es su misma cara, idénticos los ojos, exacta la expresión de la boca... Déjame que te dé un beso en la frente, y perdona, chiquilla, que el tío Sansón, tan alegre siempre, se haya entristecido unos momentos.

D. FERN. ¿Verdad que la nieta es una alhaja?

SANSON ¡Oh!... Hará una gran pareja... *(Doña Isabel tose discretamente y un poco menos discretamente don Fernando.)* hará una gran pareja con el que consiga interesar ese corazoncito, «aún virgen a las primeras impresiones del amor», como dicen en el «Tenorio», ¿verdad, chiquilla?

D. FERN. Ya que el tío Sansón ha tocado ese tema, y por cierto que le ha tocado desafinando menos que otras veces, tenemos, querida

Paulinita, que decirte algo serio la abuela Isabel y yo.

PAULINA ¿Qué?... ¿He hecho alguna otra tontería?

D.ª ISABEL No, hija mía, ninguna; lo que el abuelo Fernando va a decirte es una previsión muy justa.

D. FERN. Por tu bien y por nuestra tranquilidad, es conveniente que tú no figures mañana en esa proyectada excursión a la Virgen del Valle.

PAULINA ¿Que no?... Pero ¿a qué se debe ahora eso? ¿No comprendéis que resultará ridículo?...

D. FERN. Es conveniente, hija mía.

PAULINA ¡Ah!, eso no puede ser; lo saben todas las muchachas, todos los muchachos, precisamente cuando yo misma he conseguido el permiso para María Teresa.

D. FERN. ¡Ea! ¡Pues es necesario!

PAULINA Y lo decís así, sin una justificación... sin una explicación al menos...

SANSON En eso tiene razón la chica, ¿eh?

D. FERN. Tú te callas. La explicación es sencillísima y voy a dártela. En esa excursión, según tú misma me dijiste, figurará Gustavo, ese muchacho músico de quien te hablé.

PAULINA En efecto.

D. FERN. Bueno; pues es preciso que tú no vuelvas a cruzar la palabra ni el saludo con él.

PAULINA ¡Nada! ¡Que cada vez lo entiendo menos!

D.ª ISABEL Tenemos motivos poderosos para aconsejártelo, para ordenártelo así, si fuera preciso.

D. FERN. Has de saber que ese joven va diciendo a todo el mundo que está locamente enamorado de tí.

PAULINA *(Con un grito de alegría.)* ¿Eh?

D.ª ISABEL Y hace muchas noches que ronda tus ventanas.

PAULINA ¡Pobrecillo! ¡Con el frío que hace!... Y yo sin enterarme.

D. FERN. Comprenderás, por lo tanto, que como nos-

otros no podríamos en modo alguno autorizar esos amores, es necesario cortarlos antes de nacer.

PAULINA. Pero... ¿sin consultarme a mí?... ¿Sin preguntarme al menos?...

D. FERN. Eso no; recordarás que antes te hice unas preguntas a las que contestaste clara y francamente.

PAULINA. ¿Con que clara y francamente, eh?... Bueno, pues habéis de saber que ese muchacho me interesa; eso es, que siento por él verdadera simpatía y que me parece un agradable pretendiente.

D.ª ISABEL ¡Dios mío! ¡Qué locura!

SANSON ¡Eso no puede ser!

D. FERN. ¡De ninguna manera! Ese hombre no te conviene.

PAULINA ¿Pero tú qué sabes, si apenas le hemos tratado?

D. FERN. ¡Afortunadamente!... Y ya lo sabes, con la seriedad que jamás he empleado contigo, te lo notifico: ni hay excursión mañana, ni vuelves a cruzar la palabra con ese Gustavo. Lo contrario me obligaría a llevarte a pasar una temporada al Convento de las monjas Clarisas...

PAULINA Donde Gustavo toca el órgano.

D. FERN. O al de las Agustinas.

PAULINA Donde toca el órgano también.

SANSON Pues a un convento de monjas donde no haya órgano.

PAULINA *(Recurriendo a su abuela.)* Abuela Isabel...

D.ª ISABEL El abuelo Fernando tiene razón.

PAULINA *(Idem a Sansón.)* Tío Sansón...

SANSON Yo siento tener que coincidir con mi hermano, pero debes obedecerle... *(Paulina hace un mohín de niña mimada a quien contrarían.)*

D. FERN. Ahora piénsalo a solas y no olvides que no quiero tenértelo que repetir.

D.ª ISABEL Vamos, no seas chiquilla, que todo cuanto se te aconseja es por tu bien... *(Mutis izquierda los dos.)*

SANSON *(Va a hacer mutis, pero se vuelve y dice picarescamente a Paulina.)* No te apures, nena, porque te tengo yo preparado un novio... ya verás, ¡ cosa buena !... ¡ «boccato di cardinali» !... *(Y hace mutis cómicamente por la izquierda.)*

PAULINA Pues ha de ser, ha de ser y ¡ ha de ser !, aunque todos se opongan... Y si todos se oponen, mejor, para quererle más... *(Por derecha entra decidido Gustavo, que al ver a Paulina da un pequeño grito y se queda parado: es un muchacho apocado, tímido y sencillo, como la sencilla codorniz.)*

GUSTAVO ¡ Ah !

PAULINA ¿Eh?... ¿Es usted?

GUSTAVO Sí, sí; creo que sí, señorita Paulina: suponía que estaba sola esta habitación, y claro, al... al verla a usted, pues me he asustado.

PAULINA ¿Tan fea soy que le asusto a usted?

GUSTAVO Ya me comprende usted, señorita Paulina.

PAULINA Paulina, Paulina nada más.

GUSTAVO Bueno; pues ya me comprende usted, Paulina nada más...

PAULINA Vamos; venga usted acá, siéntese a mi lado. Me parece que usted y yo tenemos que hablar de algo importante.

GUSTAVO ¿Usted y yo?

PAULINA Sí, sí, los dos. ¿No?

GUSTAVO Puede, puede que sí, señora.

PAULINA Vamos a ver: ¿por qué siempre que habla usted conmigo baja la vista al suelo y se pone encarnado, encarnado, como si le faltase la respiración?

GUSTAVO Porque me falta... me falta confianza; la conozco hace tan poco tiempo...

PAULINA Entonces ¿por qué hace muchas noches que ronda usted mis ventanas, sin temor

al frío ni a la lluvia... (Alguna noche habrá llovido mientras paseaba.)

GUSTAVO — Ah, pero... ¿usted se ha enterado?

PAULINA — Naturalmente, hombre. ¿O es que no lo hacía usted para que me enterase?

GUSTAVO — Sí, sí claro; tiene usted razón... ¿para qué iba yo a hacerlo si no era para que se enterase usted?

PAULINA — Por eso me extraña que luego, cuando ha tenido usted ocasión de decirme algo relacionado con esos paseos nocturnos, haya usted permanecido en el más absoluto de los silencios.

GUSTAVO — La cortedad, el deseo de esperar un momento propicio; pero, en fin, puesto que ya lo sabe usted todo...

PAULINA — ¿Qué?

GUSTAVO — Eso: que como ya lo sabe usted todo, yo no tengo que decirla nada.

PAULINA — En cambio, yo, sí tengo que decirle a usted mucho.

GUSTAVO — ¿Sí? ¡Caramba! ¡Pues no sabe usted lo que me alegro!

PAULINA — ¡Y lo que se va usted a alegrar con lo que yo le diga! Escuche usted; mis abuelos están enterados de sus propósitos: saben que ronda usted mis ventanas y que está usted locamente enamorado de mí.

GUSTAVO — ¡Cáscaras!

PAULINA — Y están decididos a impedir nuestras relaciones, sea como sea. Me han prohibido que asista mañana a la excursión a la Virgen del Valle, y me han conminado con recluirme en un convento si se enteran de que he vuelto a cruzar la palabra con usted.

GUSTAVO — Señorita Paulina, *(Levantándose indignado.)* eso es demasiado; eso es un insulto a mi pobreza y a mi honradez. Mi conducta es intachable, mi reputación es intan-

gible... ¿por qué, por qué se me rechaza de ese modo, señorita Paulina?

PAULINA (*Cariñosa.*) Paulina nada más.

GUSTAVO Y esa decisión de sus abuelitos, ¿es irrevocable?

PAULINA Tan irrevocable como la mía.

GUSTAVO ¿La de usted?

PAULINA Sí, sí, la mía, Gustavo. ¿O es que yo no puedo tener una decisión?... Yo soy una muchacha educada a la moderna, lejos de España, que no entiende de conveniencias sociales, ni conoce más leyes que las de su corazón. Y yo, que veo su simpatía por mí con muy buenos ojos, estoy decidida, entiéndalo usted bien, Gustavo, decidida a que nuestras relaciones sean algo que se imponga a todos.

GUSTAVO Me parece muy bien. Y la felicito a usted por esa decisión que la honra: Paulina, es usted todo un carácter. ¡Ya sabía yo lo que me hacía enamorándome de usted!

PAULINA Ahora sólo nos resta hallar un medio de vencer en la lucha que vamos a entablar... A usted, ¿qué se le ocurre?

GUSTAVO Lo mismo que a usted.

PAULINA Es que a mí no se me ocurre nada.

GUSTAVO Por eso digo que a mí se me ocurre lo mismo.

PAULINA ¿No se oponen mis abuelos, sin fundamento alguno? Pues bien, obliguémosles... pero ¿cómo?... Si hubiese un procedimiento...

GUSTAVO Le hay, y muy sencillo: escaparnos juntos.

PAULINA ¡Gustavo!

GUSTAVO No, no se asuste usted; yo soy un caballero en toda la extensión de la palabra, y sabré demostrárselo a sus respetables abuelos, a su distinguido tío y a usted misma.

PAULINA Siendo así... claro... la fuga... el escándalo... el consentimiento... ¡admirable! Será una aventura en la que no había pensa-

do jamás. ¡Conformes, Gustavo! *(Se dan la mano.)*

GUSTAVO ¿Y cuándo le parece a usted que?...

PAULINA Cuanto antes mejor; mañana por la mañana.

GUSTAVO Al amanecer: yo le pediré prestada a Perico Novales su motocicleta con «side-car», y a las seis en punto la esperaré a usted a la espalda de la casa.

PAULINA ¡Una fuga muy siglo XX!... Iré con el traje de sport que tanto horrorizó a mis abuelos el día que lo vieron por primera vez.

GUSTAVO Y... ¿adónde nos dirigiremos?

PAULINA Al azar.

GUSTAVO No sé dónde está ese pueblo.

PAULINA Quiero decir a la ventura, a lo desconocido.

GUSTAVO Perfectamente. Estoy encantado de esta determinación, con la que demostraré a todos quién es Gustavo Milonga, y cómo en el alma de un romántico puede caber la decisión enérgica de un conquistador.

PAULINA Ahora, Gustavo, por Dios, váyase usted; si nos sorprendiesen aquí juntos, podríamos echarlo todo a perder.

GUSTAVO Tiene usted razón. Me voy, pero me voy con un remordimiento; no poder asombrar a sus abuelitos con una nueva sinfonía que venía dispuesto a ejecutar.

PAULINA ¡No le importe! Usted no les asombrará esta noche con una sinfonía; pero mañana va usted a asombrarles con una fuga.

GUSTAVO También tiene usted razón... ¿A las seis?

PAULINA En punto.

GUSTAVO Beso a usted los pies. *(Besándola la mano. Mutis derecha.)*

PAULINA ¡Es muy caballero!... ¡Pero no sabe una palabra de Lógica!... Ahora escribiré dos líneas para dejárselas en mi cuarto mañana al huir... *(Escribe.)* «Me fugo con Gustavo, al que amo. Las inclinaciones juve-

niles no pueden torcerse. Os avisaremos desde el punto en que paremos, para que marchéis en nuestra busca.—Paulina...» *(Se guarda el papel en el pecho, va hacia el ventanal, dice «adiós» con el pañuelo a Gustavo, que se supone que se aleja, y va a hacer mutis; entonces sus ojos tropiezan con el muñeco, le coge en brazos, le besa y le dice:)* ¡Por Dios, no le digas nada a nadie!, ¿eh?... ¡Es mi primer secreto de amor!... *(Le deja en su sitio, apaga la luz y a la de la luna, que entra por el ventanal, se la ve hacer mutis por la izquierda.)* *(Cae lento el telón.)*

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

Portalón de la posada, con honores de fonda, de la Tomasona, a la entrada de Fontanares. Enjabelgadas las paredes, que lucen algún cartel de las ferias de Sagreda, gran puerta que da a la carretera, en el foro. Ventanas con rejas a ambos lados de la puerta, y, como ésta, abiertas. Escalera que conduce a un piso superior en segundo término derecha; puerta pequeña que se supone da al corral en primero. Otras dos en lateral izquierda. Desarróllase este acto a las veinticuatro horas justas del primero.

Al levantarse el telón, Juan Antonio, en la puerta del foro, dirige la palabra a los vecinos del pueblo, que se ven en la carretera a través de la reja de la derecha. Detrás de Juan Antonio, «jaleándole» convenientemente, Sansón y Alfonso Mairal, un muchacho «bien». En el dintel de la puerta de primera izquierda, la Tomasona, dueña de la posada, escucha al orador.

J. Antonio — Yo, honrados vecinos fonatanareños, soy un político nuevo, un hombre de buena voluntad, que viene a redimiros de esa esclavitud en que vivís, oprimidos por el yugo sofocante del cacique.

LORENZO (*Dentro.*) ¡Muy bien!

SANSON (*Apuntando en un papel.*) ¡Veintiséis!

J. ANTONIO Yo quiero despertar en vosostros el dormido espíritu liberal de las viejas comunidades castellanas, transmitiéndoos el mismo ardoroso fuego que incendió los levantados corazones de Padilla, de Maldonado y de...

LORENZO (*Dentro.*) ¡Bravo!

SANSON (*Apuntando.*) ¡Veintisiete! Pero ésta ha sido en colaboración.

J. ANTONIO De Bravo, sí, señores; me congratula que conozcáis su nombre. Y ya no quiero molestaros más; vuestros cuerpos, harto cansados por la ruda labor, más necesitados se hallan del descanso que de mis discursos; pero al marcharos, hacedlo pensando que entre vosotros un hombre nuevo hay, que ha venido a predicaros redención, a predicaros libertad, a predicaros justicia...

LORENZO (*Dentro.*) ¡Viva ese cura!

SANSON (*Siempre apuntando.*) ¡Veintiocho!

J. ANTONIO Justicia, libertad y redención, que sólo con la libre emisión de vuestro sufragio honrado podéis alcanzar. He dicho.

ALFONSO (*Abrazándole.*) ¡Colosal!

SANSON (*Idem.*) ¡Eres un Demóstenes!

TOMASONA ¡Qué pico de oro! (*Hace mutis por primera izquierda asombrada.*)

J. ANTONIO (*Reparando en que los paletos ni han aplaudido como él esperaba al final de su peroración, ni se mueven.*) Pero no han aplaudido, don Sansón, y, además, no se van...

SANSON Diles lo de la taberna...

J. ANTONIO (*A los paletos.*) ¡Ah!... ¡Me olvidaba deciros que ahora, al marchar hacia vuestros modestos, pero no por ello menos dignos, hogares, podéis pasaros por la taberna de la plaza Nueva, donde tenéis pagados unos jarros de vino! (*Como movidos por un resorte, todos los paletos comienzan a aplau-*

dir y a dar gritos encomiásticos: ¡Bravo! ¡Así se habla!... ¡Viva el diputao! ¡Vivan los políticos honraos!... Y hacen mutis animada y risueñamente.)

ALFONSO ¡Qué éxito, chico!

SANSON Sí, qué éxito... el del tabernero.

J. ANTONIO ¡Bah! Esto del vino es inevitable.

SANSON Como lo de los discursos; las dos cosas se hacen para emborracharles.

J. ANTONIO Sin embargo, en lo de los discursos me parece que estamos abusando un poco, ¿eh? Sólo llevamos en el pueblo un día y ya me ha hecho usted dirigirles tres. Esta mañana, en la plaza; al mediodía, en la era, y ahora, aquí.

SANSON Claro; el de esta mañana, para presentarte; el de ahora, para despedirte; no me negarás que era necesario; el único que no era, era el de la era... pero, si no necesario, conveniente, al menos, ha resultado.

ALFONSO Como que en la era ha sido donde han aplaudido con más calor.

SANSON ¡Treinta y siete grados a la sombra! ¡Imagínate!

J. ANTONIO Bromas aparte, yo, ¿qué quiere usted que le diga?, no les encuentro muy entusiasmados... sólo hay uno que me jalea en los momentos culminantes de mi peroración; ese sí, se entusiasma, se transfigura, y se le conoce en la cara que su entusiasmo no es fingido, no; es real.

SANSON Te equivocas, no es real... son los reales; dos reales que yo le he ofrecido por cada expresión laudatoria que te dirija, y el individuo, que no es otro que Lorenzo, el criado de esta posada, está decidido, por lo visto, a sacarse un jornalito muy decente durante nuestra estancia en Fontanares.

ALFONSO Sí, porque hoy ha jaleado de lo lindo.

SANSON Catorce pesetas de jaleo; más que en una juerga.

J. ANTONIO ¿Catorce pesetas?

SANSON Fíjate: aquí llevo la cuenta. *(Leyendo.)* «Diez muy bien, cuatro viva tu madre, tres viva tu abuelo, dos viva tu pico, seis vivas variados y tres bravos.» Claro que el último bravo se le debía pagar a quince céntimos, y ¡ya está bien!

J. ANTONIO Es usted diabólico.

SANSON Oportunista nada más. Por algo me vine yo ayer contigo a Fontanares.

ALFONSO Sí; pero ¡de qué modo!, sin avisar en casa de su hermano, aprovechando el haber ido a dar un recado a éste.

SANSON Como siempre: imprevisión e improvisación.

J. ANTONIO Aún le estarán esperando a usted para cenar.

SANSON No; ya me conocen bien; ¿no veis que este lema lo vengo practicando desde mi nacimiento?

ALFONSO ¿Desde su nacimiento?

SANSON Sí; mis padres me esperaban lógicamente para Octubre y veraneaban con toda tranquilidad; pero yo, por si venían mal dadas, no quise quedarme sin ver San Sebastián y ¡zás!, les dí una sorpresa viniendo al mundo en Agosto. ¡Imprevisión e improvisación!: ¡mi lema que se imponía! *(Alfonso y Juan Antonio ríen.)*

LORENZO *(Entrando por el foro; es el de las «expresiones laudatorias»; un gañán zafio y bruto.)* ¡Guás tardes!

SANSON ¡Hola, jaleador!

J. ANTONIO ¡Caramba, el entusiasta!

LORENZO *(A Juan Antonio.)* ¡*Mu* bien, pero que *mu* bien, *mu* requetebién!

SANSON Te advierto que todo lo que jalees ahora no lo cobras.

LORENZO No, señor; si esto lo hago yo de corazón y no por el interés. ¡Que *m'ha gustao* mu-

cho una cosa de las que ha dicho aquí el *diputao*, y *na* más!

SANSON ¿Lo del vino?

LORENZO No ha *sío* lo del vino, no, señor; que ha *sío* lo de mandarnos a beberlo a la taberna de la Plaza Nueva, que le *tién* mucho mejor que en la otra.

J. ANTONIO ¡Vaya! Pues me alegro de haber acertado.

LORENZO Como que es lo que *icíamos toos*, ¡gracias a Dios que ha *vinío* un hombre que nos comprende!

SANSON Bueno, si te parece, vamos a liquidar la cuenta de hoy.

LORENZO Como *usté* mande. Ya habrán *ustés* visto que yo he hecho *tó* lo que se ha *podío*.

J. ANTONIO Has estado muy bien.

SANSON Según mi nota, son veintiocho gritos entusiastas.

LORENZO Justo, veintiocho... y un rebuzno que se le ha olvidao a *usté*.

SANSON ¿Cómo un rebuzno?

LORENZO Sí, señor, sí, en la era: cuando aquí, al *diputao*, se le trabó la lengua y se quedó *parao*, ¿no oyeron *ustés* un rebuzno *mu* fuerte?; bueno, pues el burro era un servidor.

SANSON Sí, pero los burros no cobran. De modo que veintiocho a dos reales, son cincuenta y seis reales, como éstos. *(Se los dá.)* Ah, oye, y desde mañana me haces el favor de administrar mejor el griterío. ¿Que los del pueblo aplauden? Tú te callas; ¿que dicen algo molesto para nosotros?; entonces pegas cuatro gritos y cobras. ¿Estás enterado?

LORENZO Sí, señor, sí.

SANSON Pues nada más por hoy.

LORENZO Digo yo que esta noche convendría de echar un discurso en el café.

SANSON No, hijo, no; nosotros, en el café, no echamos más que azúcar. Anda, anda a tus

quehaceres. Y nosotros al Casino, Juan Antonio. Estamos allí citados con «El Trigueño», y «El Trigueño» tiene más de cincuenta votos, con que ¡en marcha!

J. ANTONIO ¡Luego dirán que no se ganan las actas!

TOMASONA *(Saliendo.)* ¿Se van *ustés pa* el pueblo?

SANSON Sí, al Casino; pero volveremos a cenar.

TOMASONA Pues vayan *ustés* con Dios, y Dios le bendiga a *usté* ese pico de oro que Dios le ha *dao.*

LORENZO Y *usté* que lo diga, mi ama: ¡Viva el pico de oro!

SANSON (Este animal, después de pagarle las catorce pesetas, querrá que le paguemos ese pico, pero ¡pierde el tiempo!) *(Mutis con Juan Antonio y Alfonso por el foro. Tomasona les ve marchar desde la puerta. Se vuelve cuando Lorenzo muerde las monedas que le entregaron, comprobando su bondad.)*

TOMASONA *¡Amos,* tú!... ¿Qué haces ahí, como un espantapájaros? ¿No sabes que *tiés* que echar el pienso al ganao?... *(Por la puerta de la izquierda.)* Y tú, zagalona, ¿has puesto ya la mesa *pa* los señoritos?... ¡Que me quemáis la sangre!... Y que no *te se* olvide de aviar a las gallinas. *(A Lorenzo.)*

LORENZO ¡Ni que *fuán* a salir de paseo!

TOMASONA *(Como antes, por la puerta.)* Y a tí, que no tenga que repetirte que no me friegues los platos más que una vez al día, que si no, con tanto *restriegaz* se les quitan las figuras... *(Cuando Lorenzo va a iniciar el mutis por la puertecilla de la derecha y Tomasona por la segunda izquierda, se oye en el interior a la izquierda del foro un gran estrépito, seguido de un estampido seco y de varios ¡ay! y ¡socorro! Tomasa y Lorenzo se dirigen apresuradamente a mirar por la puerta del foro.)* ¡Dios mío!

LORENZO ¡Alguna *esgracia!*

TOMASONA (*Mirando por la puerta.*) Una *motoincicleta d'esas* que se ha estrellado contra la casa del *Registraor.*

LORENZO *¡Andá* qué disgusto!... ¡Ahora que acababan de pintar la *fachá!...*

TOMASONA Corre, corre y traeros *p'acá* a los señoritos, que esos siempre pagan bien... ¡Vamos!, pero ¿no oyes?... (*Mutis Lorenzo hacia la izquierda. Preparando en escena unas sillas, agua, etc.*) ¡Dios! ¡Dios!... ¡pero qué *esgracias!...* Y *tó* por no querer andar con dos pies, como está *mandao.* (*A la puerta.*) Ya los traen... y son dos hombres... ¡Calla!, no... uno de los hombres es una mujer con pantalones... (*Por el lugar ya citado, Lorenzo, hombres, mujeres y chicos. Entre Lorenzo y hombre primero, traen a Gustavo, medio desmayado y vestido con un mono, sucio de polvo, tierra y grasa. Paulina viene por su pie, viste un traje de «sport» con pantalones, lleva un casquete de automovilista y sobre él levantadas las gafas de lo mismo.*)

LORENZO ¿Qué?... ¿Se han hecho *ustés* mucho daño, señorita?

PAULINA Nada, buena mujer, nada; esto no tiene importancia; un vuelco sin consecuencias.

TOMASONA Pero aquí, el señorito, *paece* que está *privao...*

LORENZO ¡Porque no *tié* confianza!... *¡Miá* tú! (*Le refrescan la cabeza con agua.*)

PAULINA Vamos, hombre, ánimo, que no ha pasado nada de particular.

GUSTAVO (*Débilmente.*) ¡Ay! ¡Ay!...

TOMASONA Ya *paece* que vuelve.

LORENZO (Hay que animarle.) ¿Qué, señorito, a dar una *güelta*, eh? (*Dándole un fuerte golpe en la espalda.*)

GUSTAVO Varias, amigo, varias.

PAULINA Pero ya pasó el peligro y el susto.

GUSTAVO ¡Menudo susto!

TOMASONA. ¿Y cómo fué el accidente, si no es mal *preguntao?*

PAULINA. Una cosa completamente vulgar. Veníamos lanzados, en medio de la carretera había dos perros jugando, por no atropellarles hicimos un viraje rápido y ¡nada!...

GUSTAVO. ¡Nada! ¡Que esos dos perros han podido costarnos caros!

PAULINA. Yo salí despedida del «side-car», y éste salió despedido de la máquina.

GUSTAVO. Pero despedido de mala manera, porque fuí a dar contra un poyo de piedra que hay en la puerta de esa casa.

LORENZO. ¿Y le ha hecho a *usté* daño el poyo?

GUSTAVO. Como que me le he metido entero en el estómago.

PAULINA. ¡Ea!... Afortunadamente, ha sido un percance sin consecuencias.

GUSTAVO. Sí, pero ¿y la moto?

LORENZO. No se preocupe *usté*, señorito, que ya recogeremos nosotros luego los cachos.

HOMBRE 1.º Pues que nos alegramos de que no *haiga sío ná*, y que en el próximo volquetazo *haiga* tanta suerte como en éste... *(Marcando el mutis con los demás que entraron, menos Lorenzo.)*

GUSTAVO. Muchas gracias, campesino previsor.

PAULINA. Muchas gracias por todo, buena gente. (Deles algo, hombre, no sea ordinario.) Esperen, esperen... Tengan para que compren caramelos a los chicos... *(Les da unas monedas, que Gustavo le da a ella con gesto poco grato.)*

HOMBRE 1.º Muchísimas gracias, señorita. *(Los demás musitan también una palabra de agradecimiento, y todos hacen mutis por el foro.)*

TOMASONA. ¡Ea!... esto se remató. Tú *(Por la puerta de primera izquierda.)*, a aviar la mesa; tú *(A Lorenzo.)*, a aviar las gallinas, y ustés...

GUSTAVO. Nosotros ya estamos aviados, buena mu-

jer. *(Mutis Lorenzo por la derecha.)*

TOMASONA. No, si digo que *ustés* se *quearán* aquí a pasar la noche...

PAULINA. Sí, sí, desde luego.

GUSTAVO. No, no; de ningún modo; nosotros seguimos nuestro camino.

TOMASONA. ¿A pie?... Porque coche-correo ya no pasa hasta mañana a las seis de la *madrugá*...

PAULINA. No haga usted caso, nos quedamos.

GUSTAVO. Pero... ¡si no puede ser!

PAULINA. *(Con gesto y tono autoritarios.)* ¡Nos quedamos! ¡Y no se hable una palabra más!

TOMASONA. *Mu* bien, señorita: así me gustan a mí las *presonas*, resueltas y *decidías*. Entonces les prepararé a *ustés* la sala de arriba, *tié* una ventana a la carretera y *tié* una cama de matrimonio *hermosisma*.

GUSTAVO. *(Pegando un salto.)* ¿De ma...? ¡Ca, no, señora!... ¡De ninguna manera!... ¡Nos vamos!

PAULINA. No haga usted caso; es la excitación del accidente: preferimos una habitación con dos camas...

TOMASONA. Pues como no quieran *ustés* dos con una *ca* una, es lo más aparente que tengo. Ahora que digo yo, que un matrimonio como *ustés*, porque *ustés* serán matrimonio, es en una cama de matrimonio en lo que debían dormir, digo yo.

GUSTAVO. Usted no dice nada y nos arregla ahora mismo esas dos con una cada una.

TOMASONA. Como los señoritos manden. *(Medio mutis.)* ¡Ah!... de precio...

PAULINA. ¡Por Dios! De eso no hace falta ni hablar, mujer; se paga lo que sea y en paz.

GUSTAVO. Yo creo que convendría ajustar antes...

PAULINA. *(Con el tono y el gesto de antes.)* ¡Se paga lo que sea y en paz!... ¡Y ni una palabra más!

TOMASONA. Pues con su licencia, me voy *pa* arriba a aviarles a *ustés* los cuartos. *(Mutis por*

la escalera. Al mutis.) (¡Pa mí que esta pareja no es de mucha *seguridá!...*) Lo que es *marío* y mujer, yo creo que no son, pero ¡qué diablo!, mientras me paguen bien... *(Al quedarse solos Paulina y Gustavo, se miran fijamente y con detenimiento antes de hablar.)*

GUSTAVO Paulina... a cada instante que pasa, me parece más inaudita la locura que hemos cometido.

PAULINA ¿Cómo?... ¿Pero ahora va a resultar que está usted arrepentido de ella?

GUSTAVO La diré a usted; tanto como arrepentido, no; pero es innegable que nuestra acción tiene mucho de imperdonable ligereza.

PAULINA Señor mío: eso que acaba usted de decirme es una grosería incalificable.

GUSTAVO ¡Paulina!

PAULINA ¡Incalificable, repito; por supuesto, como todas las que viene usted cometiendo conmigo desde esta mañana, en que tuve la candidez de creer en sus protestas de amor, y la debilidad de prestarme a sus proyectos de fuga.

GUSTAVO *(Más asombrado.)* ¡Paulina!

PAULINA Sí, señor, sí. ¿O es que usted cree que a mí se me ha pasado inadvertido el hecho de que en los diez y siete pinchazos que hemos sufrido en nuestro viaje haya sido yo quien haya tenido que desmontar las ruedas? Eso es una falta, es decir, diez y siete faltas de atención. ¿Y supone usted que no me he dado cuenta de que en aquel mal parador donde ha tenido usted la osadía de hacerme comer, los dos primeros huevos fritos que han salido de la sarten, han sido para usted?... Eso es una falta de galantería.

GUSTAVO Eso es que estaba muerto de apetito, Paulina.

PAULINA ¡Ah! ¿De modo que usted, fugándose con

una mujer, de quien asegura estar enamorado, sigue sintiendo con más fuerzas las exigencias materiales que las necesidades anímicas? ¡Muy bonito! Confieso que le suponía a usted un poco más espiritual.

GUSTAVO Si yo hubiera sabido...

PAULINA Los verdaderos enamorados adivinan. Además, en el momento del accidente no ha tenido usted ni el más leve recuerdo para mí; y hace unos instantes, cuando esa mujer ha intentado hablar del precio de las habitaciones, ha estado usted a punto de entablar con ella una discusión ridícula, regateando y escatimando una peseta a la mujer que debe ser su esposa dentro de unas horas.

GUSTAVO Pero Paulina, por Dios; usted exagera; comprenda que...

PAULINA ¿Y qué palabras de cariño me ha dedicado usted desde que salimos de Sagreda? Mientras ha venido usted guiando: «Allí hay una curva», «aquel recodo es peligroso», «si se nos atraviesa aquella oveja, nos matamos», y otras por el estilo; y mientras almorzábamos: «Qué poca sal tienen estos huevos», «este café está muy claro», y varias semejantes; ni una atención, ni una galantería, ni un mimo, ni una caricia..

GUSTAVO Señorita... usted olvida que yo soy un caballero.

PAULINA Decididamente, mi error está bien claro: ni es usted cariñoso, ni galante, ni espléndido, ni atento, ni hábil siquiera para disimular que le faltan todas esas buenas cualidades.

GUSTAVO ¡Ea!... ¿Pues sabe usted lo que la digo?... Que yo también me he equivocado, y que la juzgaba a usted más discreta y menos loca de lo que me va usted resultando.

PAULINA ¿Loca yo?... ¿Indiscreta yo?... Se vale usted de que no podemos descubrirnos, y de

que esta locura ya no puede tener su epílogo más que en la Iglesia... ¡Ah! ¡Si una misma cosa pudiera hacerse dos veces!

GUSTAVO ¡Ojalá! Así podría devolverle a Perico Novales su motocicleta, tan nueva como él me la entregó anoche...

PAULINA En fin, seremos un matrimonio más. Ahora es preciso que nos acostumbremos a tutearnos delante de la gente: bastante hemos dado que sospechar con lo de las habitaciones. Y procure usted estar cariñoso y expresivo, como es su obligación. ¡Ah! Y quítese usted ese mono ahora mismo, ¡hombre!, y vaya a Telégrafos a poner un despacho a mis abuelitos, diciéndoles dónde nos encontramos, para que vengan a buscarnos, y tenga esta aventura el fin que esta mañana deseábamos y que ahora, ¡ay!, tanto nos va a pesar al uno y al otro. *(Gustavo comienza en silencio a quitarse «el mono».)*

LORENZO *(Por donde hizo mutis.)* ¿Qué?... ¿Se han *tranquilizao ustés* ya?

PAULINA Sí, por completo... ¿verdad, pichoncito mío? *(A Gustavo, exageradamente mimosa.)*

GUSTAVO Verdad, turroncito de yema.

LORENZO (¡Arrea, son recién *casaos!)* Pues si a *ustés* se les ofrece algo...

GUSTAVO No, no, nada; gracias.

PAULINA Sí, sí... Se nos ofrece que limpie usted el mono.

LORENZO ¡Atiza!... ¿Pero traían *ustés* un mono?

PAULINA Ese. *(Señalando a Gustavo, que está acabando de quitárselo.)*

LORENZO Ah, vamos... Ya... La señorita lo dice por su esposo... *(Paulina, sin poderse contener, suelta una carcajada extentórea.)*

GUSTAVO *(Dándole el mono.)* La señorita lo dice por esto, ¡animal! *(A Paulina, que sigue riéndose.)* Y no sé a qué viene... Adiós, en-

cantito; voy a Telégrafos, voy a telegrafiar a los abuelitos, voy a... (*Encasquetando de un golpe el sombrero, que ha sacado del bolsillo de la americana y haciendo mutis por el foro.*) ¡Voy a reventar como esto siga así!... (*Las anteriores frases, como las que están en la misma situación, comenzándolas indignado para terminarlas con exagerado mimo, pasando de un tono a otro en cómica transición.*)

LORENZO ¿De *móo* que *quier'usté* que les avíe el mono, no?

PAULINA Sí, claro, para que esté algo más limpio al reanudar el viaje...

LORENZO *Pus* descuide *usté;* antes de media hora le *tién ustés aviao.* ¿Se ofrece algo más?

PAULINA ¿Si usted supiera dónde podría yo arreglarme un poco... lavarme al menos?...

LORENZO Suba *usté* arriba, donde está el ama, que ella la dirá; por esa escalera se sube.

PAULINA Sí, sí, ya me figuro. Gracias. (*Mutis escalera.*)

LORENZO (*La ve marchar antes de hacer mutis por derecha.*) ¡Es maja la señorita, pero que *mu* maja!... ¡*Amos,* que mejor la aviaba a ella que al mono del marido!... (*Y hace mutis.*)

TOMASONA (*Desde la puerta de la escalera y hablando hacia el interior.*) Si necesita *usté* alguna cosa no *tié usté* más que llamar. (*Pausa.*) ¡Ah! ¿el botón?... Si *quié usté,* puede apretarle, pero dé *usté* una voz al mismo tiempo, porque el botón es de adorno. (*Baja a escena.*) ¡Y estos *condenaos* sin terminar *entavía...* ¡Martina!... (*Por la puerta de la izquierda.*) ¡Como vaya, vas a acabar *escapá!...* ¡Gandulona! ¡Más que gandulona! (*Cruzando la escena.*) ¡Que me queman más sangre que valen! (*Por la puerta de la derecha.*) Y tú... (*Gritando como antes.*) ¿Estás aviando las gallinas?

LORENZO (*Dentro.*) ¡Estoy aviando el mono!

TOMASONA (*Extrañada.*) ¿Qué mono?

LORENZO (*Dentro.*) El que traía el señorito de la volteleta. (*En el foro aparecen doña Cándida, Florita y Laurita; la señora y las niñas del Registrador, en cuya casa ha ido a estrellarse la motocicleta; de su cursilería y de su «pintoresquez», preferimos no decir ni una palabra; son las perfectas señora y señoritas de pueblo, con pretensiones de cortesanas. Ya da idea de ellas el hecho de que, apenas ocurrido el accidente, se han apresurado a ataviarse con lo mejor del arca, para hacer una visita de cortesía a los inopinados huéspedes.*)

D.ª CANDIDA Felices tardes, Tomasa. (*Entrando.*)

TOMASONA *Güenas* las tengan *usté* y las niñas.

D.ª CANDIDA (*Aproximándose a Tomasona.*) ¿Se les puede ver?

TOMASONA (*Sin comprender.*) ¿A quién?

D.ª CANDIDA A ellos, a los del percance.

TOMASONA ¿A los de qué?...

FLORITA A los de la motocicleta, mujer.

TOMASONA Ah, ya... sí... ¡a los del gachapazo!

D.ª CANDIDA Vulgar, pero justo: a los del gachapazo.

TOMASONA Pues no sé decirlas a *ustés;* el señorito creo que salió... y ella, está en su cuarto componiéndose.

D.ª CANDIDA Entonces, esperaremos; sentarse, niñas. (*Se sientan las tres muy juntas.*)

TOMASONA ¿*Ustés* los conocen?

D.ª CANDIDA Presumimos que no; pero el hecho de que se hayan estrellado contra nuestra casa, nos obligaba a hacerles una visita de cortesía.

TOMASONA ¡Claro! *Pa* pedirles perdón por haber *colocao* la casa en el camino, ¿*verdá?* ¡Que están *ustés* en *tó!*

FLORITA Y dinos, Tomasa, ¿son jóvenes?

LAURITA ¿Es guapa ella?

FLORITA ¿Vienen bien vestidos?

LAURITA ¿Son casados?

TOMASONA Preguntan ustés como *pa* dar otra *volteleta.*

D.ª CANDIDA Naturalmente, hijas; sois torbellinescas. Lo más importante es lo del matrimonio; ¿sonlo o no lo son?

TOMASONA Yo no sé decirla a *usté,* doña Cándida; los anillos de *casaos* no los llevan.

D.ª CANDIDA Eso no te extrañe; los anillos están *demodés.*

TOMASONA ¿De qué?

FLORITA Pasados de moda ha querido decir mamá.

TOMASONA ¿Y por qué no lo ha dicho? Además, han *tomao* dos alcobas *separás.*

D.ª CANDIDA ¿Sí? Entonces, desde luego son matrimonio. Es un detalle que no falla.

LAURITA Dormir separados es la última.

TOMASONA Es la última de las *primás,* créame usté a mí. *(En la escalera aparece nuevamente Paulina; se ha arreglado un poco y está —como es natural— más bonita aún que antes. Se detiene al observar que hay personas extrañas.)*

PAULINA Oiga... ¡Ah, perdón; ignoraba que tuviera usted visita!

TOMASONA No; si no es *pa* mí; es *pa ustés.*

PAULINA *(Bajando.)* ¿Para nosotros?

TOMASONA Sí; aquí, doña Cándida, Florita y Laurita, son la señora Registradora y sus niñas, que viven en la casa donde han ido *ustés* a estrellarse, y venían...

D.ª CANDIDA A tener el gusto de conocer a ustedes y de paso a saludarles.

PAULINA ¡Oh! Muchísimas gracias; es una atención inolvidable. Pero, siéntense, por Dios.

LAURITA *(A Florita.)* ¡Es monísima!

FLORITA *(A Laurita.)* No digas, hija; va muy pintada.

TOMASONA Yo, con su licencia, voy *pa* allá dentro, que si no, este servicio... ¡Martina!... ¡Chica!... *(Mutis izquierda.)*

D.ª CANDIDA Pues sí..., nosotras, claro, hemos creído un deber interesarnos por ustedes.

FLORITA Y... ¿no ha tenido consecuencias el accidente?

PAULINA No; afortunadamente, todo ha quedado en el susto.

LAURITA Menos mal.

D.ª CANDIDA ¿Y es la primera vez que se estrellan ustedes?

PAULINA La primera, sí; parece mentira que, no teniendo costumbre, nos haya salido tan bien, ¿verdad? *(Las visitantes ríen a carcajadas la ingeniosidad de Paulina, hasta que un fuerte codazo de doña Cándida hace enmudecer a las niñas.)*

D.ª CANDIDA Pues no sabe usted lo que lamentamos que hayan venido a estrellarse contra nosotros, porque, en buena hora lo digamos, contra nosotros todavía no se había estrellado nadie.

PAULINA Nos estaba reservado el debut. *(El mismo juego de antes.)*

FLORITA Y... su esposo, ¿tampoco ha sufrido daño alguno?

PAULINA Tampoco; salió a Telégrafos un momento; ahora volverá, y tendré el gusto de presentársele.

D.ª CANDIDA El gusto, con permiso de usted, será nuestro.

LAURITA Y... ¿van ustedes a quedarse aquí muchos días?

PAULINA Hasta mañana nada más, en que regresaremos a Sagreda.

FLORITA ¡Ay, qué lástima! ¡Con tantas fiestas como hay ahora en el pueblo!

PAULINA ¡Ah! ¿Pero hay fiestas?

D.ª CANDIDA Multitud, sí, señora. Mañana tenemos toros; pasado, música; el sábado, pólvora, y el domingo, elecciones de diputados.

LAURITA ¡Todo muy divertido!

PAULINA Un programa completísimo.

FLORITA Mañana por la mañana vamos muy témprano a caballo en busca de los toros, y regresamos con el encierro.

FLORITA Es un espectáculo vertiginoso de bonito.

PAULINA Sí que lo será.

FLORITA Si quisiera usted acompañarnos...

LAURITA ¿Monta usted a caballo?

PAULINA Como una amazona.

D.ª CANDIDA Entonces no tiene usted disculpa para no aceptar la invitación de las niñas.

PAULINA Y la acepto gustosísima; nos quedaremos aquí unos días y asistiremos a todos esos festejos.

LAURITA ¡Muy bien!

FLORITA ¡Qué gusto!

D.ª CANDIDA Es usted simpatiquísima. *(Por el foro, Gustavo; inicia la entrada decidido, pero se para en seco al ver a Paulina acompañada, allí donde no conocen a nadie.)*

PAULINA ¡Ah!... Gustavo, acércate, que voy a presentarte. *(Doña Cándida, Laura y Florita se levantan.)* La señora Registradora y sus encantadoras hijas, que habitan en la casa donde hemos tenido el buen acierto de irnos a estrellar. Mi esposo.

GUSTAVO Tanto gusto.

D.ª CANDIDA El gusto, con permiso de ustedes, es nuestro. Hemos creído un deber interesarnos por su estado, y ello nos ha permitido entablar esta amistad, que ha de robustecerse durante los días de su permanencia en este pueblo.

GUSTAVO Nosotros nos vamos mañana.

PAULINA Ya, no; hay fiestas, ¿sabes?, y nos quedamos; mañana vendrás con nosotras a caballo a buscar los toros; estas señoritas me acaban de invitar, y yo he aceptado.

FLORITA Pasado mañana hay música.

LAURITA El sábado, pólvora.

PAULINA ¡Ya verás cómo nos vamos a divertir!

GUSTAVO *(Fingiendo alegría.)* ¡Mucho!... ¡Mu-

cho!... ¡Nos vamos a divertir una barbaridad!

D.ª CANDIDA Bueno, niñas; cumplido nuestro grato deber, ahora vamos a dejar a estos señores, que querrán descansar. Ya saben ustedes dónde nos tienen.

PAULINA Luego tendremos el gusto de devolverles la visita.

D.ª CANDIDA El gusto, con permiso de ustedes, será nuestro.

GUSTAVO Señora... Señorita..., a sus pies.

D.ª CANDIDA Hasta después entonces, ¿eh? Les esperamos; así conocerán a mi marido; no tiene nada de particular; pero es de lo mejorcito que hay en registradores... Por Dios, no se moleste en salir.

PAULINA No faltaba más. *(Paulina les acompaña hasta la puerta del foro entre cumplimientos mutuos; desde allí les despide; Gustavo, que ha quedado en primer término, da a entender con los gestos su contrariedad ante la conducta de Paulina y su extrañeza.)*

GUSTAVO ¡Pues, señor!... ¡Si yo sé esto..., a buena hora me muevo de Sagreda!

PAULINA *(Bajando a primer término.)* ¿Qué le parece a usted mi nuevo conocimiento?

GUSTAVO ¿Pero usted tiene conocimiento ni nuevo ni viejo, criatura?

PAULINA ¿Eh?

GUSTAVO ¿Usted cree que en la situación en que nosotros nos hallamos puede ni debe hacerse amistad con nadie? ¿Ni quedarse en un pueblo a presenciar unas fiestas estúpidas y ridículas?

PAULINA El estúpido y el ridículo lo es usted. ¿Y sabe usted lo que digo? Que yo hablo con quien quiero, y hago amistad con quien me parece, y me quedo donde me da la gana. ¿Estamos? Y no me conteste usted ni una palabra, porque no estoy dispuesta a es-

cucharle, y ahora mismo se va usted a la carretera a buscarme una pulsera que he debido perder en el accidente, y que necesito recuperar, porque es un recuerdo de mi mejor amigo de Londres...

GUSTAVO ¿Eso más?... ¿Va usted a ser mi mujer y yo tengo que buscarle los recuerdos de sus amigos? ¡Esto ya es inaguantable!

PAULINA Esto es natural, y usted no tiene derecho a sentir celos de mí. Con que..., ¡hale, a la carretera!

GUSTAVO ¡Pero!...

PAULINA A la carretera he dicho... *(Le lleva hasta la puerta.)*

GUSTAVO Pero, Señor... *(Al mutis por el foro izquierda)*, ¿no te queda un rayo por esas alturas? *(Ha obscurecido, y Tomasona sale por la izquierda con un candil y un quinqué; éste le deja en escena; después cierra las ventanas, y con el candil desaparece por derecha.)*

PAULINA Decididamente, el carácter de Gustavo es demasiado impetuoso; tendré que amoldarle a mis costumbres. *(Por el foro derecha, Juan Antonio; se sorprende de ver a Paulina, y en seguida revive en él el galán cortesano; se arregla la corbata, el peinado, y se da un toquecito a la ropa.)*

J. ANTONIO (¡Caramba!... ¡Una mujer!... Y joven..., y guapa; esto ya varía de aspecto.) Buenas noches.

PAULINA *(Volviéndose.)* ¿Eh?... Buenas noches... (Quién será este muchacho?..., y es elegante, y no es feo. No debe ser de aquí.)

J. ANTONIO Sin duda, ha llegado usted en mi ausencia.

PAULINA Sin duda. Venía con mi marido en motocicleta, hemos sufrido un accidente aquí cerca y hemos tenido que refugiarnos en esta posada.

J. ANTONIO Pues no sabe usted lo que me alegro.

PAULINA ¿Del accidente?

J. ANTONIO Del refugio. Siempre es agradable tener compañía en el hospedaje, y más cuando esa compañía es una mujer guapa.

PAULINA Pero casada.

J. ANTONIO Guapa, por encima de todo. ¿Y su esposo?

PAULINA Salió un momento.

J. ANTONIO Mejor.

PAULINA ¿Mejor?... ¿Por qué?...

J. ANTONIO Porque es señal de que no le ha ocurrido tampoco nada en el percance...

PAULINA ¡Ah!

J. ANTONIO Mucho debe de valer su marido para tener una mujer tan linda como usted...

PAULINA Caballero... no sé con qué derecho...

J. ANTONIO ... digo a usted una galantería?... Pues muy sencillo, con el de que yo acostumbro a galantear a las mujeres que me gustan, y usted, desde el primer momento, me ha gustado de una manera extraordinaria.

PAULINA Pues yo no estoy acostumbrada a que me hablen así.

J. ANTONIO Permítame usted que no lo crea; este tono es el habitual en que se habla a las mujeres bonitas.

PAULINA Cuando se trata con hombres de cierta clase, puede; cuando se vive retirada en una población como Sagreda, donde no los hay de esa especie, no.

J. ANTONIO Pero ¿usted vive en Sagreda?

PAULINA Sí, señor.

J. ANTONIO Pues ignoraba yo que esa ciudad tuviera más monumentos de belleza que la catedral. Y, francamente, reconozco mi error.

PAULINA *(Riendo bien a pesar suyo.)* ¡Qué tonto!

J. ANTONIO ¿Y a usted le gusta esa vida escondida e ignorada, cuando pocas podrían brillar con más motivo en los esplendores de las fiestas cortesanas?

PAULINA ¿Y qué he de hacer?

J. ANTONIO ¡Oh, eterna sumisión de las mujeres españolas! ¿Qué ha de hacer usted, me pre-

gunta? Rebelarse, volar, buscar su centro y su sitio, y no consumir su juventud y su belleza entre las piedras hoscas y negras de una triste capital castellana.

PAULINA ¡Muy bien! ¡Le ha salido a usted redondo ese párrafo!

J. ANTONIO Perdón: la costumbre de los discursos.

PAULINA ¡Ah! ¿Es usted orador?

J. ANTONIO Soy candidato a diputado por Sagreda, amiga mía; según todos los indicios, diputado electo el próximo domingo, si, como parece, me presta su ayuda en la capital el señor Conde del Pinar.

PAULINA *(No puede reprimir un agudo grito de sorpresa.)* ¿Eh? ¿Conoce usted al conde del Pinar?

J. ANTONIO Me fué presentado ayer por su señor hermano, mi decidido protector.

PAULINA ¿Don Sansón?

J. ANTONIO En efecto, ¿usted los conoce?

PAULINA ¿Y quién no los conoce en Sagreda?

J. ANTONIO He aquí ya el primer lazo de unión entre nosotros: conocer a una misma persona.

PAULINA ¿El primero?... ¿Espera usted que haya más?

J. ANTONIO ¿Por qué no? Espero que usted y yo seamos muy buenos amigos.

PAULINA Con permiso de mi marido, claro está.

J. ANTONIO O sin él. En nuestros tiempos, ese es ya un detalle insignificante; un filósofo moderno ha dicho que las mujeres más libres son las casadas.

PAULINA Curiosa teoría.

J. ANTONIO Curiosa, pero exacta, porque una casada tiene casi todos los encantos de una soltera, y ninguno de sus inconvenientes; por ejemplo, se comienza a tratar a una muchacha solterita e inevitablemente ella traduce las atenciones en galanteos y la amistad en amor.

PAULINA ¿Todas?

J. ANTONIO En absoluto, porque todas llevan dentro de sí el gérmen de una aventura desconocida, que no responde nunca en la realidad a lo que fué en sueños.

PAULINA Quizá tenga usted razón. Pero observo que si todos los hombres pensasen como usted no se efectuarían matrimonios.

J. ANTONIO Y, sin embargo, éstos son necesarios para que las mujeres hallen el amor.

PAULINA ¿Al casarse?

J. ANTONIO ¡O después de casadas!

PAULINA ¿En su marido?

J. ANTONIO ¡O en otro!

PAULINA ¡Jesús, qué ideas!

J. ANTONIO Cuando a una mujer tan linda como usted se la deja sola, aunque no sea más que un momento, es porque se la supone incapaz de engañarnos; si creemos esto pensando que nos quiere demasiado, juzgamos a la mujer esclava nuestra; si no nos molestamos ni en pensarlo, es que no nos preocupan ni ella ni su infidelidad.

PAULINA *(Interesada.)* ¿Usted cree?

J. ANTONIO Indudablemente: como creo que en momentos análogos a éste es en los que se halla a las personas que pueden hacernos felices... *(Cuando ella va a contestar hace nuevamente su aparición por el foro, Gustavo; puede suponerse la cara que pone al presenciar la escena.)*

PAULINA Mi marido.

J. ANTONIO (Inoportuno, como todos.)

PAULINA ¿Encontraste mi pulsera?

GUSTAVO Aquí la tienes. La moto ha quedado hecha una lástima, y yo estoy empezando a sentir ahora los efectos del porrazo; dentro de media hora no podré ni moverme. *(Paulina, sin atender a la conversación, trata en vano de ponerse la pulsera. Juan Antonio, que lo ve, se aproxima a ella.)*

J. ANTONIO ¿Me permite usted que la ayude? *(Paulina*

la contesta con una mirada de complacencia; él la coloca la pulsera; Gustavo, que se ha sentado en una silla, mira asombrado la operación.) Ya está.

PAULINA Muchísimas gracias.

J. ANTONIO A usted. Y con su permiso, voy a retirarme, tengo que escribir unas cartas... Buenas noches. *(Mutis segunda izquierda.)*

GUSTAVO Esto es ya inaudito, intolerable: no entro una vez en esta habitación que no la encuentre a usted charlando con alguien; y ahora hasta coqueteando con un desconocido.

PAULINA No sea usted vulgar ni grosero, Gustavo; ese muchacho, que, dicho entre paréntesis, es simpatiquísimo, es un protegido de mi tío Sansón y de mi abuelito.

GUSTAVO ¡Nos lucimos!

PAULINA Comprenderá usted, por lo tanto, que nuestra estancia aquí es imposible.

GUSTAVO Pero no decía usted antes que...

PAULINA Todo lo contrario de lo que digo ahora; pero amigo mío, de sabios es el mudar de opinión.

GUSTAVO Es que yo no puedo moverme; necesito acostarme, descansar.

PAULINA ¿Y para eso se ha escapado usted conmigo?

GUSTAVO Comprenda usted que...

PAULINA No comprendo nada.

GUSTAVO Además, ya la he dicho que la moto ha quedado completamente inservible; en el corral puede usted verla...

PAULINA Y tanto que la veré; ahora mismo, y como haya medio de ponerla en marcha, antes de media hora estamos en la carretera, no lo olvide usted. *(Mutis derecha.)*

GUSTAVO ¡Dios mío! Como pasemos por el cementerio, ¡me quedo! *(Por el foro Sansón; al entrar ve a Gustavo que cruza la escena, dando a entender por el gesto que sufre grandes dolores en el cuerpo.)*

SANSON — ¡Caramba!... Este debe ser el del accidente. Buenas noches.

GUSTAVO — Muy buenas. (Este es nuevo.)

SANSON — ¿Qué?... Duelen los golpes, ¿eh?

GUSTAVO — Duelen, sí, señor. Ha sido una verdadera desgracia este contratiempo.

SANSON — No diga usted eso, hombre; la vida debe ser siempre así, lo imprevisto, lo improvisado; imprevisión e improvisación, ¡he ahí mi lema!

GUSTAVO — Puede que esté usted en lo cierto; pero vamos, yo preferiría saber de antemano todo lo que me iba a ocurrir, porque si llego yo a saberlo... ¡a buena hora me muevo de Sagreda!... Y, con su permiso, me voy a ver si la moto tiene arreglo, ¡que ojalá que no le tenga!... ¡Ay!... *(Y repitiendo los gestos de dolor, hace mutis por derecha.)*

SANSON — ¡Qué tiempo más notable! *(Por donde hizo mutis, Juan Antonio.)*

J. ANTONIO — ¡Hay novedades, don Sansón! ¡Tenemos una compañera de hospedaje, sencillamente divina!

SANSON — Producto de un accidente motorista, ¿no?

J. ANTONIO — En efecto. Es encantadora y... o mucho me equivoco, o ella ha de ser quien alegre los azarosos momentos de mi elección.

SANSON — *(Con gran firmeza.)* ¡Seguro!

J. ANTONIO — ¿Por qué lo afirma usted así?

SANSON — Porque acabo de ver la cara del marido.

J. ANTONIO — De manera que...

SANSON — Que no debes descuidar la aventura; así como así, más vale que la corras ahora que no cuando estés casado con mi sobrina.

J. ANTONIO — Si yo pudiera volver a hablar con esa mujer...

SANSON — Un medio para que, por lo menos te recuerde, puedo indicártelo yo.

J. ANTONIO — ¿Y es?

SANSON — Poético y soñador, y, además, práctico en

época electoral, porque te creará nuevas simpatías entre los vecinos del pueblo: como habrás visto al venir, los mozos empezaban a festejar con música y coplas a las muchachas solteras; bien; pues vayamos en busca de la ronda y hagámosla cantar coplas alusivas frente a las ventanas de tu amada.

J. ANTONIO ¡Admirable idea! ¡Vamos, don Sansón, vamos!

SANSON No le parecerá tan admirable al marido.

J. ANTONIO Pero... ¿y las coplas?

SANSON No te apures, que aunque no soy poeta, yo las improvisaré... ¡Sería lo único que no improvisara en mi vida!... *(Mutis por el foro, cerrando la puerta al salir; por derecha, Paulina, y tras ella, más dolorido y maltrecho a cada instante que pasa, Gustavo.)*

PAULINA *(Que sale indignada y nerviosa.)* ¡Nada!... ¡No hay manera de arreglarla!

GUSTAVO Paulinita, considere usted que...

PAULINA Estamos presos en este pueblo. Vendrán mis abuelos, vendrá mi tío, se dará cuenta ese muchacho de que le he engañado y me juzgará una loca o una coqueta, o quién sabe si algo peor.

GUSTAVO Después de todo... ¿no vamos a casarnos?

PAULINA ¡No sea usted cínico, Gustavo! ¡Es el defecto que más me molesta en un hombre!

GUSTAVO ¿Cínico yo?...

PAULINA Nada menos que el futuro diputado por Sagreda... se enterará todo el mundo, la Registradora, sus hijas, andaremos en lenguas...

GUSTAVO ¡Que es mejor que andar en motocicleta, créame usted a mí!

PAULINA El apellido... mi escudo... nuestro porvenir...

GUSTAVO ¡Bah!... ¡Todo eso es música! *(Dentro se

escucha la ronda de guitarras y bandurrias, que se aproxima.)

PAULINA — *(Escuchando atenta y sorprendida.)* ¿Música?

GUSTAVO — ¡Música, sí!

PAULINA — Y van a cantar.

VOZ — *(Dentro.)*

Bendita sea la hora
en que tu moto ha *volcao;*
estaba el pueblo muy triste
y al llegar tú se ha *alegrao.*

PAULINA — ¡Eso es por mí!

GUSTAVO — *(Indignadísimo.)* ¡Vaya!... Esto sólo nos faltaba, que sacasen en coplas la *moto.*

PAULINA — No sea usted vulgar... es una atención que agradezco en el alma... ¡Cuánto me alegro de que no nos podamos ir!

GUSTAVO — Decididamente, no estaremos nunca de acuerdo. Y ahí se queda usted, porque yo me voy a acostar. ¡Faltaría más, hombre! *(Mutis, siempre dolorido, por la escalera.)*

PAULINA — *(Irónica.)* ¡Que usted descanse!

VOZ — *(Dentro.)*
No digas nunca, mocita,
de este agua no beberé,
que a veces no hay más que aquélla
y aprieta mucho la sed.

PAULINA — *(Repitiendo íntimamente.)*
No digas nunca, mocita,
de este agua no beberé,
que a veces no hay más que aquélla
y aprieta mucho la sed.

J. ANTONIO — *(Asomando la cabeza por la puerta, que abre.)* Una mujer tan bonita como usted, no podía quedarse sin que la rondaran...

PAULINA — ¡Ah!... ¿Ha sido usted el de las coplas?... Pues es una insolencia que no me ha hecho ninguna gracia; dará usted una explicación de ella a mi marido. *(Sube precipitadamente la escalera, y al ir a hacer*

mutis, se detiene, suspira y dice:) (¡Es simpatiquísimo!) *(Mutis.)*

J. ANTONIO ¿Será posible?

SANSON *(Asomando la cabeza.)* ¿Qué?

J. ANTONIO ¡No la ha hecho gracia, don Sansón!

SANSON Pues, a pesar de eso... ¡caerá!... ¡Yo te lo aseguro! ¡Y cómo voy a reirme cuando la vea en tus brazos! *(La ronda se escucha más lejos. Cae el telón rápido.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Sala espaciosa de la posada. Al foro, dos puertas que dan, respectivamente, a los cuartos ocupados por Paulina y Gustavo. La de la izquierda, abierta; cerrada la otra. Las dos con colgaduras blancas. Otra en primer término izquierda; se supone da a la escalera vista en el acto anterior. En primer término derecha, gran ventana abierta; figura dar a la carretera. Varias sillas y butacas con sus correspondientes fundas blancas, una mesa y alguna oleografía por las paredes.

Al levantarse el telón—en las primeras horas del día siguiente al acto anterior—escúchanse dentro estampidos de cohetes, repicar de campanas y un pasodoble ejecutado lejos por una murga con honores de banda. Lorenzo, asomado a la ventana, contempla el supuesto espectáculo.

LORENZO Hogaño comienzan las fiestas más *animás* que nunca; *tién* más pólvora los cohetes, suenan más recio las campanas y estrenan los músicos unos instrumentos *desechaos* por los de Sagreda... Con esto y con que el *diputao* eche cinco o seis *descursos* diarios

por día, lo voy a pasar ¡pero que de primera!... *(Por izquierda, Paulina.)*

PAULINA ¡Después de este paseo, tengo calor! ¡Y apetito! A propósito, ahí está Lorenzo, que podrá servirme el desayuno. ¡Lorenzo!

LORENZO *(Volviéndose.)* ¿Quién va?... ¡Ah, es *usté*. señorita!... ¡*Mu madrugaora* se ha *sentío usté*!

PAULINA Sí, ya me he dado un paseo por el campo.

LORENZO ¿Ha visto usté el *prencipio* de las fiestas?

PAULINA He oído ruido nada más.

LORENZO Es el primer número: pólvora, repique y diana... *Pa* despertar a *toos*, es decir, a *toos* menos a su *marío* de *usté*.

PAULINA Es verdad; a ese... no le despierta ni un cañonazo...

LORENZO ¡Ah! Ya me olviaba; antes han *venío* a buscarla a *usté* de parte de la *Registraora* y sus hijas, que la esperaban a *usté* pa ir *a por* los toros.

PAULINA Ni me acordaba siquiera... Y el caso es que no va a darme tiempo; ¿a qué hora pasa el auto de línea.

LORENZO Como pasar, debe pasar a las seis; ahora que la *puntualidaz* depende de que pase algo por el camino. Si pasa, no pasa, y si no pasa, pues pasa.

PAULINA ¿Cómo?

LORENZO Complicaciones de los automóviles, señorita. Pero ¿es que se van *ustés* a marchar?

PAULINA Yo, por lo menos, tengo precisión de ello; así es que va usted a decir a esas señoras que lo lamento mucho, pero que me es imposible acompañarlas.

LORENZO Bien, bien.

PAULINA Y de paso va usted a subir el desayuno.

LORENZO ¿*Pa* los dos?

PAULINA Bueno; es de suponer que mi marido llegará a levantarse.

LORENZO ¿Lo quiere *usté* con pan?

PAULINA ¿Cómo acostumbran a servirle?

LORENZO — De dos *moos:* con pan y sin él.

PAULINA — Tráigale entonces sin él.

LORENZO — (Mejor *pa* el ama.) *Deseguía* lo subo. *(Mutis izquierda.)*

PAULINA — *(Después de escuchar un instante a la puerta del cuarto de Gustavo.)* ¡Roncando! ¿Y para esto se escapa un hombre de Sagreda?... Es decir, ¿para esto se escapa una mujer? Decididamente, nuestro compañero de hospedaje tiene razón; todas las muchachas llevamos dentro el gérmen de una aventura desconocida, que no responde nunca en la realidad a lo que fué en sueños. *(Como atraído por este recuerdo, en la puerta lateral izquierda aparece Juan Antonio.)*

J. ANTONIO — Buenos días, compañera.

PAULINA — *(Volviéndose rápida.)* (¡El!) ¿Otra vez usted?... ¿Pero es que se ha propuesto no dejarme vivir tranquila?

J. ANTONIO — Es que de tal modo ha complicado usted mi vida, que tengo que verla forzosamente; en este momento, nada menos que con dos motivos.

PAULINA — Usted dirá.

J. ANTONIO — El primero, dar una explicación a su esposo por mi atrevimiento de anoche.

PAULINA — Mi esposo duerme aún.

J. ANTONIO — Entonces, la explicación es innecesaria; ese sueño prolongado demuestra que no hubo molestia.

PAULINA — ¿Y el segundo?...

J. ANTONIO — Hacer a usted un ruego en nombre de todos los que la esperan para presenciar el encierro de los toros.

PAULINA — Acabo de enviarles ahora mismo con Lorenzo el recado de que me es imposible acompañarles; me voy de Fontanares en el auto de línea que pasa dentro de dos horas.

J. ANTONIO — Imposible.

PAULINA — ¿Imposible? ¿Por qué?

J. ANTONIO Porque no hay billetes.

PAULINA ¿Cómo lo sabe usted?

J. ANTONIO Porque acabo de comprarlos yo todos, a fin de que usted no pueda marcharse.

PAULINA ¡Caballero!

J. ANTONIO Puede usted llamarme por mi nombre: Juan Antonio.

PAULINA Pues bien, Juan Antonio; es usted de una osadía sin límites. Figúrese por un momento que yo hubiese tenido anoche con mi esposo un disgusto tan serio que me obligase a marchar precipitadamente a Sagreda: ¿qué diría usted a eso?

J. ANTONIO Que me parecía admirablemente, y a continuación me brindaría a iniciar en su nombre la demanda de divorcio.

PAULINA ¿Y si el motivo de mi marcha fuese un telegrama recibido esta madrugada anunciándome la enfermedad de una persona muy allegada a mí?

J. ANTONIO Imposible. De noche no se reciben telegramas en Fontanares; es estación limitada.

PAULINA ¿Y si?...

J. ANTONIO ¿Y si yo le dijera que usted quiere marcharse por mí, porque me tiene miedo desde nuestra conversación de anoche?

PAULINA ¿Miedo yo?... ¿A usted? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracia tiene! ¡Pero qué gracia! *(Esta respuesta, como esta risa, son puramente ficticias y nerviosas. Por izquierda, Lorenzo: en una bandeja, trae dos servicios de café: lo deja todo encima de la mesa.)*

LORENZO *(Al entrar.)* El desayuno. *(Después de dejarlo.)* ¿Se ofrece algo más?

J. ANTONIO No, nada, gracias; puedes marcharte.

LORENZO *(Al mutis por izquierda.)* (¡Camará con el *diputao!*) *(Mutis.)*

PAULINA *(Que ha presenciado asombrada cómo Juan Antonio ha contestado a Lorenzo, exactamente igual que si fuese «el dueño de la*

situación». Sentándose à la mesa.) ¿Usted gusta, Juan Antonio?

J. ANTONIO Acepto su invitación reconocidísimo. Así como así iba a desayunar solo... *(Tomando el azucarero para servirla.)* ¿Tres terrones, verdad?

PAULINA Es usted adivino.

J. ANTONIO Puede que tenga usted razón.

PAULINA ¿En todo?

J. ANTONIO En todo menos en lo de negar que me teme usted.

PAULINA Pero, hombre de Dios, ¿por qué he de temerle?

J. ANTONIO ¿Quiere usted que se lo diga con absoluta franqueza?

PAULINA Sí.

J. ANTONIO Ea, pues allá va. Usted me teme porque no está enamorada de su marido y porque al conocerme, ha presentido la posibilidad de una simpatía peligrosa... ¿Me he equivocado mucho? *(Más íntimo esto último y cogiendo la mano de Paulina, que ha bajado la cabeza.)*

PAULINA Estamos jugando con fuego, Juan Antonio.

J. ANTONIO ¿Pero sin quemarse nadie más que yo?

PAULINA ¡Ah! ¡Eso, desde luego!

J. ANTONIO Bien, es pronto todavía. *(Mira su reloj.)* Para lo que no es pronto es para la excursión; usted no se marcha hoy de Fontanares; usted, por lo tanto, nos acompaña; ¿puedo decírselo así a todos?

PAULINA El caso es que...

J. ANTONIO Si no viene usted, creeré que su temor es ya un miedo invencible.

PAULINA Eso sí que no... ¡Iré!... ¡Voy! Espérenme ustedes un momento; el preciso para arreglarme un poco.

J. ANTONIO Al fin he triunfado en mi empeño.

PAULINA No, perdón; la triunfadora soy yo, que voy a demostrarle que no le temo.

J. ANTONIO Concedidos los honores del triunfo; en las

batallas de amor, las mujeres triunfan hasta cuando parecen derrotadas.

PAULINA Muy bonito, pero un poco inexacto. Un instante, Juan Antonio. *(Mutis foro izquierda.)*

J. ANTONIO La esperamos abajo. Es adorable, encantadora y rebelde; las tres condiciones que debe reunir una mujer para volvernos locos del todo. *(Cuando va a iniciar el mutis por izquierda, aparece por la puerta de esta lateral Sansón.)*

SANSON ¿Cómo va esa conquista?

J. ANTONIO De primera, mi querido protector. Acabo de obtener sobre la dama una victoria extraordinaria; va con nosotros por los toros.

SANSON Supongo que no la acompañará su marido.

J. ANTONIO De ningún modo. Bueno, y de mi elección, ¿qué?

SANSON ¿Cómo que qué? Lo que te he dicho siempre, que quien decide de tu suerte es mi señor hermano; por los pueblos, no te preocupes; es cosa secundaria: en cambio, la Capital es la capital.

J. ANTONIO Eso ya lo dijo Pero-Grullo.

SANSON No te me adocenes, Juan Antonio; esa frase que yo acabo de dedicarte la pronunció en la Real Academia...

J. ANTONIO Y le hacen a usted conserje... Pura broma, don Sansón.

SANSON Lo importante, lo decisivo, es que tú remates esa faena femenina antes del domingo. No olvides que el lunes sería tarde: después de tu triunfo electoral, me perteneces, te conviertes en un bibelot de porcelana de Sajonia, que, envuelto en el satinado papel del acta, voy a regalar a mi sobrina... ¡Eso sí que es una mujer, Juan Antonio!

J. ANTONIO Es que ésta no la conoce usted.

SANSON Claro que no la conozco; pero desde ahora

mismo te aseguro que no se parece a ella ni remotamente.

J. ANTONIO Tiene unos ojos que hablan solos...

SANSON Perniciosa costumbre, que siempre me ha parecido de locos.

J. ANTONIO Y una nariz, y una boca... ¡y una figura!

SANSON Querido Juan Antonio, yo te he predicado la imprevisión y la improvisación, pero no hasta ese extremo, hijo mío. Y te advierto que te estás jugando el acta, si persistes en enamorarte de esa mujer, que, además, es casada.

J. ANTONIO Fruta sabrosa del cercado ajeno...

SANSON Sí; pero guardada por un faldero que a lo mejor resulta mastín. Continúo: si persistes en enamorarte de esa mujer, comunico a mi hermano que he decidido retirarte mi protección; como aventura pasajera, bueno; pero otra cosa, ¡azucarados frutos del Celeste Imperio, o séase, naranjas de la China!

J. ANTONIO Lo que usted quiera y como usted quiera... Y si se le antoja a usted que ahora mismo lo dé todo por terminado, ¡hecho!

SANSON ¿Ves tú?... Eso tampoco estaría bien, no sería de caballero; tú te has insinuado con ella; ¿ella ha aceptado complacida tal insinuación?, pues hay que llegar al final; lo contrario, sería un desprecio, del que quién sabe si te pediría cuentas el marido.

J. ANTONIO Está usted en todo... ¡Y luego dice que no es previsor!

SANSON ¡No... previsor, no! No me digas eso, que es una de las cosas que más me molestan en este mundo; la palabreja previsor y los calendarios que te dicen siempre que eres un día más viejo.

J. ANTONIO *(Abrazándole.)* ¡Es usted incomensurable!

SANSON Bueno... eso ya te lo admito.

LORENZO *(Que aparece en la puerta de la izquier-*

da.) ¡Que viva el *diputao*, que viva el *diputao* y que viva el *diputao!*

SANSON — *(Volviéndose.)* ¡Como si no viveases, Lorenzo! ¡No son horas de caja!

LORENZO — Pero a mí *naide* me quita el que yo *iga* mi sentir.

SANSON — Y yo te acompaño en el sentimiento, pero no te pago. Tú, Juan Antonio; voy a mi cuarto a terminar de aviarme.

J. ANTONIO — También yo voy para abajo.

LORENZO — ¡Y que viva el *diputao!*

SANSON — Como a este gañán le atiendan todos los vivas en el cielo, estás de enhorabuena, chico, porque lo que es tú, dejas en mantillas a Matusalem. *(Mutis izquierda.)*

LORENZO — El *diputao* es simpatiquillo; pero ese otro vejete que siempre anda pisándome los entusiasmos, *pa* mí que va a tener que entenderse conmigo!...

PAULINA — *(Que sale de su cuarto.)* Estarán ya cansados de esperar... ¡En cambio, ese leño, sin despertarse aún!...

LORENZO — ¡Y olé, y olé, y olé!... ¡Señorita!

PAULINA — Muchas gracias, hombre... ¡Ja, ja, ja! *(Mutis izquierda.)*

LORENZO — Cualquier cosa de mujer... ¡y cualquier cosa de *marío!* ¡Si yo fuera ella!... Bueno, no, he dicho una *burrá;* ¡si yo fuera él!... *(Se asoma a la ventana.)* Ya está abajo, ¡arrea!, y se *amonta* como los hombres. ¡Mi madre, si la viera el *siñor* cura!... Y que ha *salío* galopando delante de *toos*... Le ha *tirao* del *bocao* al caballo y ¡zas!, como una flecha... *Güeno*, es lo que dirá el animalito: *pa bocao* superior, el que yo llevo encima... ¡Ja, ja, ja!... *(Durante lo anterior puede escucharse dentro el rumor de la gente que se supone marcha con Paulina.)* ¡Anda! ¡Ya *vié* por allí... *(Sitio contrario al que haya mirado antes.)* el auto de línea... Y que trae via-

jeros hasta en la «baca»... Y cestas de gallinas, y canastos de pan y cántaros de leche; por cierto que la leche, también la traen en la «baca». ¡*Amos* a tener *güena* feria!... *(Mutis por izquierda frotándose las manos. Cuando ha quedado sola la escena, se abre sigilosamente la puerta del cuarto de Gustavo y asoma éste su cabeza despeinada, de hombre que acaba de salir de la cama.)*

GUSTAVO ¿Se habrá levantado ya Paulina?... No se oye nada. ¡Caramba, dos tazones de desayuno!... ¿Serán para nosotros o serán para algún otro huésped?... Lo mejor será que me vista y que salga: que salga de mi cuarto y que salga de dudas... *(Se mete, cerrando. Se oye dentro el auto que para; la bocina, gritos, etc. Por izquierda, Sansón.)*

SANSON Me ha parecido que ha parado el auto, y voy a mirar desde la atalaya qué gente viene. *(Se asoma a la ventana.)* Varios palurdos, unas señoritas de menor cuantía y unos maletas; los maletas, confundidos con el equipaje; decididamente, hoy no podemos dar el mitin, porque para eso ya vienen los toreros. *(Sigue mirando. Tras una pausa, por la puerta de la izquierda entran doña Isabel, don Fernando, con sendos guardapolvos y sacos de viaje en las manos. Con ellos, Tomasona.)*

TOMASONA Por las señas que los señores me dan, deben ser una pareja que han *dormío* ahí esta noche... Vinieron ayer en una *motoincicleta* de esas y dieron el *gachapazo* contra la casa del *Registraor*...

D.ª ISABEL ¡Ay, Dios mío! ¡Pobre Paulina!... ¿Y están heridos?

TOMASONA ¡Ca, no, señora!... Si la señorita hace un instante que ha *salío* a caballo con un tro-

pel de gente joven que iban *toos a por* el encierro.

D. FERN. ¿Qué te parece?... A caballo y entre toros; expuesta a caerse, a fracturarse cualquier miembro, quién sabe si a quedar desfigurada para siempre.

D.ª ISABEL Calla, Fernando: no empieces ya con tus pronósticos.

TOMASONA El señorito aún no se ha *levantao:* si *quién ustés* que le llame...

D. FERN. No, déjele usted dormir tranquilo; queremos darle una sorpresa.

TOMASONA Entonces, si no mandan *ustés* na, con su licencia me voy *pa abajo,* que hoy es día de trajín... *(Al mutis.)* ¡Cuando yo *icía* que no me parecían matrimonio!...

D.ª ISABEL ¡Estoy abochornada, Fernando!

D. FERN. ¡Y menos mal si no encontramos a nadie conocido! *(En este momento se vuelve Sansón, encontrándose frente a frente con los recién llegados; puede suponerse la cara que pondrán uno y otros.)*

D.ª ISABEL ¡Sansón!

D. FERN. ¿Tú?

SANSON ¡Vosotros, digo yo!... ¿Venís a buscarme para que os acompañe a cenar?... ¡Sois de una tenacidad invencible!

D. FERN. Parece mentira que aún conserves humor para bromas, después de la tragedia.

SANSON Mira, Fernando; no seas ridículo; la cosa no tiene importancia ninguna.

D.ª ISABEL ¿Qué dices?

SANSON La verdad... ¡Que no es la primera vez que esto os ocurre!

D. FERN. *(Indignadísimo.)* ¿Qué?... Explica esas palabras, pronto, explícalas!...

SANSON La única explicación posible es la contenida en mi lema: imprevisión e improvisación.

D.ª ISABEL Pero tú, ¿cómo viniste?

SANSON En automóvil... ¿Cómo había de venir?

D. FERN. La sorpresa sería enorme...

SANSON Te equivocas: les pareció la cosa más natural del mundo.

D. FERN. ¡Qué desvergüenza!

D.ª ISABEL ¿Y cómo está, dí, Sansón, cómo está?

SANSON Admirablemente, y confiando en la bondad de éste... *(Por don Fernando.)*

D. FERN. ¡Ah! ¿Pero todavía tiene la desfachatez de confiar en mí?... ¡Pues que confíe en su abuela!

SANSON ¿Eh?... (¡Este hermano mío está loco!)

D. FERN. Y te advierto que estoy dispuesto a ordenar su ingreso en un convento de arrepentidas...

SANSON ¡Atiza!

D. FERN. En el supuesto de que tu llegada fuese tan oportuna que no se imponga el rápido matrimonio...

SANSON ¡Basta!... ¡¡Basta!!... ¡¡¡Basta!!!... O me habláis claro, o mando por dos camisas de fuerza.

D.ª ISABEL Con toda claridad: ¿cuándo sorprendiste tú a Paulina con su vil raptor?...

SANSON ¿Eh?... ¿Paulina?

D. FERN. Sí, sí, Paulina; nuestra nieta, que ha huído con el vicioso y desordenado artista de que te hablamos, y nos ha puesto desde aquí un telegrama para que viniéramos a buscarla.

SANSON ¿Huyó en moticicleta?

D.ª ISABEL ¡Justo!

SANSON ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Es ella! ¡La del accidente!... Y yo que le he aconsejado a él... ¡bueno!... ¡quiera Dios que aún llegue a tiempo de evitar!...

D. FERN. No te entiendo ni palabra.

SANSON ¡Ni falta que hace!... Es preciso que le advierta... A ver... ¡pronto!, ¡un caballo!... ¿Por dónde viene el encierro?... ¡Vuelvo, esperadme!... ¡Un caballo!... ¡Que me di-

gan por dónde vienen los toros de esta tarde!... *(Mutis por la izquierda.)*

D.ª ISABEL ¡Pobre Sansón!

D. FERN. ¡Loco!... ¡Le ha trastornado la noticia!

D.ª ISABEL ¡Qué verdad es que una desgracia nunca viene sola!

GUSTAVO *(Abre la puerta y saca la cabeza, sorprendiéndose extraordinariamente al ver a los abuelos de Paulina.)* ¡Ah!... ¡Los abuelos!... *(La cierra.)*

D. FERN. ¡Malandrín!... ¡Salga usted inmediatamente!

D.ª ISABEL Necesitamos hablar con usted; que nos devuelva a nuestra nieta...

GUSTAVO *(Saliendo.)* Si es para que se la devuelva, estoy a sus órdenes.

D. FERN. No pienso cruzar con usted más palabras que las estrictamente necesarias: ha mancillado usted el honor de nuestros blasones, y no puedo concederle beligerancia alguna; como caballero, usted sabrá lo que le corresponde hacer...

GUSTAVO Devolverles a su nieta y decirles a ustedes con todo respeto: señores Condes del Pinar, aquí tienen ustedes a Paulina; me había equivocado.

D. FERN. ¿Cómo?

D.ª ISABEL ¿Qué dice?

GUSTAVO La verdad, señora; su nieta de usted no me conviene en modo alguno. Ahora que la he conocido de cerca, comprendo que hubiéramos hecho un matrimonio desgraciado.

D. FERN. ¿Pero usted cree que después de lo ocurrido puede admitirse esa solución?

GUSTAVO Es que no ha ocurrido nada, señor mío.

D.ª ISABEL No pretenderá usted hacernos creer...

GUSTAVO Que yo soy un perfectísimo caballero, que he respetado a su nieta sin tocarla ni al pelo de la ropa.

D. FERN. Entonces... ¿para qué la ha raptado usted?

GUSTAVO Para darnos un paseo en moto, demostrando a ustedes que Gustavo Milonga, alma romántica, despreciada y vituperada, era capaz de todo, hasta de casarse si no hubiera descubierto a tiempo que Paulina tiene un carácter insoportable para el matrimonio; esto es lo ocurrido, señores Condes del Pinar.

D.ª ISABEL Es decir, que...

GUSTAVO ¡Que no me caso!

D. FERN. ¿Ha pensado usted a lo que se expone?...

GUSTAVO Después de pensarlo... ¡no me caso!

D. FERN. ¿Es esa su última palabra?

GUSTAVO Mi última y definitiva: no me caso; buenos días, señores Condes del Pinar. *(Al mutis.)* ¡Y no me caso! *(Mutis izquierda.)*

D.ª ISABEL ¡Fernando!... Y ahora, ¿quién se casa con Paulina?

D. FERN. ¿Quién se casa con Paulina...? ¡Isabel!

D.ª ISABEL ¡Ah!... ¡Si me hubieras hecho caso cuando te propuse a Ricardito Fresneda!

D. FERN. ¡Si tú no te hubieras opuesto al indicarte yo a Manolo Rastrojera!

D.ª ISABEL ¡Bien claro se ve que la culpa de todo es tuya!

D. FERN. Nadie más que tú tiene la responsabilidad de lo ocurrido.

D.ª ISABEL ¡Fernando!

D. FERN. ¡Isabel!

PAULINA *(Entrando risueña y alegre.)* ¡Abuelitos!... ¿Cómo habéis llegado sin avisar?

D. FERN. ¡Señorita!...

D.ª ISABEL ¡Dios mío! ¡Con pantalones!

D. FERN. ¡Como una titiritera!

D.ª ISABEL ¿A tí te parece bonito?

PAULINA Por lo menos, me parece muy cómodo.

D. FERN. ¿A qué te refieres, desgraciada?

PAULINA ¡Ay, abuelito! ¿A qué ha de ser?... ¡Al traje!

D.ª ISABEL Pues nosotros hemos venido para hablar de algo más serio.

D. FERN. Suponemos que nos darás una explicación de tus actos.

PAULINA Sí; verdaderamente, parece lo lógico que yo os explique mi fuga; pero os aseguro que no me resulta muy fácil.

D.ª ISABEL No fuiste tú la culpable... ¿verdad?

D. FERN. El, el seductor habrá sido quien...

PAULINA ¡Estáis equivocados! Gustavo no es un seductor.

D.ª ISABEL ¡Pobre Paulina! Le defiendes sin saber que...

PAULINA ¿Qué?

D. FERN. Que...

PAULINA ¿Qué?... ¿Pero qué?... ¡Hablad pronto!

D. FERN. Que acaba de negarse a matrimoniar contigo.

D.ª ISABEL Y que para que lo haga será preciso recurrir a los Tribunales de Justicia.

PAULINA De ninguna manera. Así como así, esa negativa suya allana el camino, porque habéis de saber que la que se niega en absoluto a casarse con él, soy yo.

D.ª ISABEL ¿Tú?

D. FERN. Pero ¿estás loca?

PAULINA Eso creía antes de escaparme; pero no, no estoy loca, y por eso no me caso.

D. FERN. Es que después de dar la campanada que tú has dado...

PAULINA Después de la campanada, ya lo veis... repico a gloria, y no me caso con Gustavo.

D.ª ISABEL Eso no puede ser.

PAULINA Como queráis, pero no me caso. Mientras le conocí a distancia, le juzgué equivocadamente; hoy, que ya le he tratado con confianza, comprendo que no me conviene para marido.

D. FERN. Pero es que esas teorías son inadmisibles.

D.ª ISABEL Vivimos en una sociedad cristiana...

D. FERN. En una sociedad organizada...

D.ª ISABEL ¿Qué dirían las gentes?...

PAULINA Ante mi felicidad de toda la vida, me pre-

ocupa muy poco lo que puedan decir los demás. Y creedme, abuelitos: vosotros debéis hacer lo mismo: si me equivoqué al elegir, ¿por qué he de estar unida para siempre a un hombre que no me agrada ni me interesa, ni siquiera me divierte?... ¿No comprendéis que tengo razón?

D.ª ISABEL ¡De ninguna manera!

D. FERN. ¡Te casarás con él!

PAULINA ¡Ea! ¡Pues haced lo que os parezca! Yo me retiro a mi cuarto para dejaros reflexionar; pero no os olvidéis que mi decisión es irrevocable; con Gustavo no me caso y no me caso. *(Isabel y Fernando tratan de dirigirse hacia ella, que antes de entrar se vuelve, y conteniendo el avance de sus abuelos, remacha la frase con dignidad y altivez.)* ¡Ya está dicho! ¡No me caso! *(Mutis foro izquierda.)*

D.ª ISABEL Fernando, ¿quién se casa con Paulina?

D. FERN. ¿Quién se casa con Paulina, Isabel?

SANSON *(Rápido y sofocado por izquierda.)* ¿Pero estáis aquí todavía?... Vamos, hombre, no ser pelmazos y dejadme el campo libre.

D. FERN. ¿Qué dices?

SANSON ¿Ha vuelto Paulina?

D.ª ISABEL Ahora mismo acaba de entrar en su cuarto, después de asegurarnos que jamás se casará con el hombre con quien se ha fugado.

SANSON ¡Muy bien! ¡Admirablemente bien! ¡Esto marcha!

D. FERN. ¿Eh?

SANSON Paulina es una muchacha de talento.

D.ª ISABEL ¿Cómo?

D. FERN. No te entiendo.

SANSON Ni falta que hace. Ya me entenderéis luego. Ahora, metéos en ese cuarto y aguardad a que yo os llame.

D. FERN. Pierdes el tiempo si tratas de convencerla.

SANSON — Pero, ¿queréis iros de una vez, que me estáis estorbando?... ¡Hale, hale!... Ahí tendréis revistas ilustradas, y si no las tenéis, es lo mismo. *(Empujándoles hacia el foro derecha.)*

D.ª ISABEL — Pero...

D. FERN. — Es que...

SANSON — ¡Adentro!... Confiad en mi lema: «Imprevisión e improvisación.» Gracias a él voy a arreglarlo todo. *(Con estas frases los ha encerrado ya y marcha hacia la puerta de la izquierda, por donde llama.)* ¡Chist!... ¡Juan Antonio!... ¡Sube!... Bueno, la sorpresa de este muchacho va a ser para cloroformizarle antes; como que le regalo una mujer y un acta; ¡cualquier cosa en estos tiempos!

J. ANTONIO — *(Por izquierda.)* Aquí me tiene usted.

SANSON — Pasa, galán, pasa, que llevas la suerte atada a los tirantes.

J. ANTONIO — Usted dirá.

SANSON — ¿A tí te gusta esa muchacha de la motocicleta?

J. ANTONIO — Extraordinariamente.

SANSON — Bueno; pues en esa moto, ocupas tú el «side-card» en cuanto te dé la gana.

J. ANTONIO — ¿Ha hablado usted con ella?... ¿Acaso le ha dicho?

SANSON — Ni la he visto, ni me hacía falta verla.

J. ANTONIO — Entonces...

SANSON — Ella está en su cuarto, la llamas, habláis y...

J. ANTONIO — ¿Para qué tanta dilación?... Empujo la puerta de su cuarto, entro, la sorprendo y...

SANSON — ¡Y yo te doy un golpe en la cabeza que te perniquiebro!

J. ANTONIO — ¡Ah, vamos! ¡Ya comprendo! ¿Teme usted que nos sorprenda el marido?

SANSON — ¡Pero qué marido ni qué berengenas, hombre! ¡Si el marido vas a serlo tú!

J. ANTONIO — ¿Eh?

SANSON — Lo que oyes: que esa señorita es mi sobrina, que sus abuelos están en Fontanares, y que o te casas con ella o te quedas sin acta y sin narices. Elige.

J. ANTONIO — Bueno; pero poquito a poco... Entonces, ese ave fría que ha venido acompañándola...

SANSON — Mira, ¿sabes lo que te digo? Que todo eso te lo explicará ella. De modo que ahí te quedas: en ese cuarto está Paulina, en ese otro sus abuelos, y al pie de la escalera, estoy yo.

J. ANTONIO — ¿Es decir, que no tengo más salida libre que la ventana?

SANSON — La ventana o el matrimonio.

J. ANTONIO — Pues sí que es una situación.

SANSON — Una situación como para ser diputado de la mayoría, no lo dudes.

J. ANTONIO — En fin: nos decidiremos, y sea lo que Dios quiera.

SANSON — Que él te ilumine, sobrino de mi corazón.

J. ANTONIO — Adiós, tío.

SANSON — ¡Ah! No te olvides que estoy al pie de la escalera y que aunque estoy al pie puedo sentarte la mano. *(Mutis por izquierda.)*

J. ANTONIO — Esto... ¿qué es, Juan Antonio?... ¿Una encerrona? La caballerosidad y la honorabilidad de don Sansón y de los Condes del Pinar, me autorizan a creer que no... ¿Una broma? No tendría ninguna finalidad práctica... ¿Un engaño?... No cabe ni pensar en ello... En fin, sea lo que sea, yo he prometido a don Sansón hablar con su sobrina, que, además, es una criatura encantadora, y voy a cumplirlo sin un segundo más de dilación. ¡Animo, y salga el sol por donde quiera!... *(Se dirige hacia el cuarto de Paulina a tiempo que la puerta se abre y aparece ella.)*

PAULINA — ¿Venía usted en mi busca otra vez?

J. ANTONIO — En efecto: en su busca iba.

PAULINA — Es usted tenaz.

J. ANTONIO ¿Le pesa encontrarme de nuevo?

PAULINA No, ¿por qué?... Así nos despedimos.

J. ANTONIO Un momento antes, Paulina. Hemos de hablar.

PAULINA No recuerdo que tengamos nada que decirnos.

J. ANTONIO Sin embargo, permítame que insista: hemos de hablar.

PAULINA Cuando usted lo dice, y en ese tono tan serio... ¡Ea! Ya le escucho.

J. ANTONIO Con franqueza, Paulina, con absoluta franqueza, ¿usted es casada?

PAULINA Con absoluta franqueza: no, señor.

J. ANTONIO ¿Soltera, entonces?

PAULINA Completamente, y en todo el valor que se da a esa palabra.

J. ANTONIO ¿Y el hombre que ha pasado por su esposo?

PAULINA Veo que para dejarme salir de aquí será preciso que conozca usted toda la aventura.

J. ANTONIO Quizá se engaña usted, y al conocerla será cuando no he de dejarla salir.

PAULINA No le entiendo.

J. ANTONIO Ahora es usted quien debe de hablar.

PAULINA Para decirle, ¿qué?... Juan Antonio... Que yo soy quien usted supone, o quien usted sabe ya ciertamente. La nieta de los Condes del Pinar, que en un momento de audacia o de error se marchó de su casa y de Sagreda con un muchacho al que, románticamente, creyó el hombre de sus sueños... Que la aventura empezada en el tono delicioso de una locura de amor, cayó en seguida por falta de ilusión, en la categoría de un vulgar paseo dado por dos personas que no se tienen ni apenas simpatía. ¿Era esto lo que quería usted que le dijese?

J. ANTONIO Si esa es la verdad, era eso.

PAULINA ¿Y qué otra verdad podía yo ocultar?... ¿Ni por qué había de ocultarla ya?

J. ANTONIO Es decir, que entre usted y ese caballero...

PAULINA Con que yo le asegure que merece en ab-

soluto ese calificativo, está dicho todo.

J. ANTONIO ¿Qué pudo, entonces, empujar a ustedes a la fuga?

PAULINA A él, la creencia de que estaba enamorado de mí.

J. ANTONIO ¿Y a usted?

PAULINA Algo que aprendí de sus propios labios no hace muchas horas, y que en la desilusión de mi soledad me he repetido varias veces: todas las muchachas llevamos dentro el gérmen de una aventura desconocida, que no responde nunca en la realidad a lo que fué en sueños.

J. ANTONIO Es verdad. Y ahora... ¿por cuál de los dos caminos abiertos ante sus pies ha de marchar usted?

PAULINA Por el único posible para encontrar algún día la felicidad que ahora se me negó.

J. ANTONIO Luego... ¿rechaza la idea de casarse con ese hombre?

PAULINA En absoluto. No tengo por qué casarme con él.

J. ANTONIO ¿Ni por conveniencia social?

PAULINA ¿Usted cree, sinceramente, que a la sociedad le convendría este matrimonio entre dos personas que acaban de descubrir que no se quieren?

J. ANTONIO Sin embargo... ustedes han huído juntos, y la moral...

PAULINA La moral no puede aconsejar nunca que dos personas se casen si entre ellas no hay un cariño firme, hondo, verdadero...

J. ANTONIO ¿Ve usted por qué la dije antes que quizá conociendo su aventura no había de dejarla salir?

PAULINA ¿Eh?... ¿Pero no le parece a usted una locura todo lo que yo he dicho?

J. ANTONIO De ningún modo; todos tenemos derecho a elegir el rumbo de nuestra propia vida, como el navegante tiene derecho a elegir el rumbo de su embarcación.

PAULINA ¿Y si el navegante se equivoca?

J. ANTONIO ¿Por qué ha de seguir su ruta hasta el final?... ¿Verdad, Paulina?...

PAULINA Pero ¡ay de él si al navegar ligero no se cruza en medio del mar con una gaviota que le señala el verdadero camino!

J. ANTONIO Tiene usted razón... Y usted, ¡se ha cruzado ya con esa gaviota!... *(La atrae hacia sí, sin que ella—dándolo todo por dicho—conteste.)*

SANSON *(Que unos momentos antes ha asomado la cabeza por lateral izquierda.)* ¡Menudo pájaro!

PAULINA ¿Eh?

J. ANTONIO ¿Escuchaba usted?

SANSON Por una sola vez he querido prevenirme, que en cuestiones de amor no hay lema que no falle. *(Abre la puerta del foro derecha.)* ¡Podéis salir cuando gustéis!

D.ª ISABEL ¿Quieres explicarnos?

D. FERN. ¿Qué significa esto?

SANSON Paulina y Juan Antonio piensan lo mismo y quieren casarse.

PAULINA Despacito, tío Sansón: ese será el final, pero ¡hay que ir despacito!

SANSON ¡Cualquiera dice que tú eres la que se ha escapado en motocicleta!...

J. ANTONIO Y ahora... ¿puedo contar con los votos de Sagreda, señor Conde del Pinar?

PAULINA ¿Verdad que sí, abuelito?

D. FERN. ¡Qué atrocidad!... ¡Se indignará el jefe, me expulsará del partido, perderé su confianza, perderé la senaduría, perderé la salud!...

SANSON Pues aún no sabes lo mejor... *(Por izquierda.)* Adelante, adelante, pollo, que ya está todo arreglado... *(Entra Gustavo.)* Y a usted, le compra mi hermano una motocicleta en substitución de la estropeada...

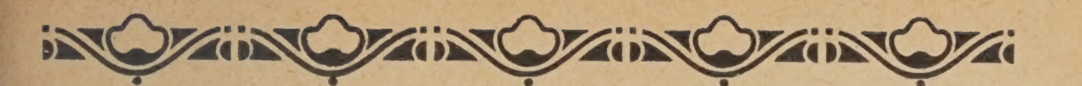
GUSTAVO ¡Oh, señor Conde!... Mi motocicleta, digo, mi gratitud será inmensa...

LORENZO (*Corriendo, por izquierda.*) ¡Señor *diputao!*... ¡Señor *diputao!*... La Junta del Casino viene a saludarle a *usté* con la banda de música, *pa* que hable *usté* desde la ventana... (*Se asoma.*) ¡Aquí le *tenís!* ¡Viva el *diputao!*... (*Dentro se oyen voces de «¡Viva!» y estampidos de cohetes.*)

SANSON Déjame, que hoy voy a hablar yo. (*Se asoma.*) «Honrados vecinos fontanareños: voy a dirigiros la palabra, porque mi corazón está lleno de gratitud hacia este pueblo sin par: ¿cómo os diría yo, para que me entendiérais, que tengo el corazón?... ¡Tengo el corazón... tengo el corazón... (*La banda de música rompe a tocar dentro el popular pasodoble del cuplé «La Nieta de Carmen»—«Tengo el corazón gitano», etcétera—, y mientras se escuchan nuevos vivas y cohetes, y Sansón sigue gesticulando, cae el*)

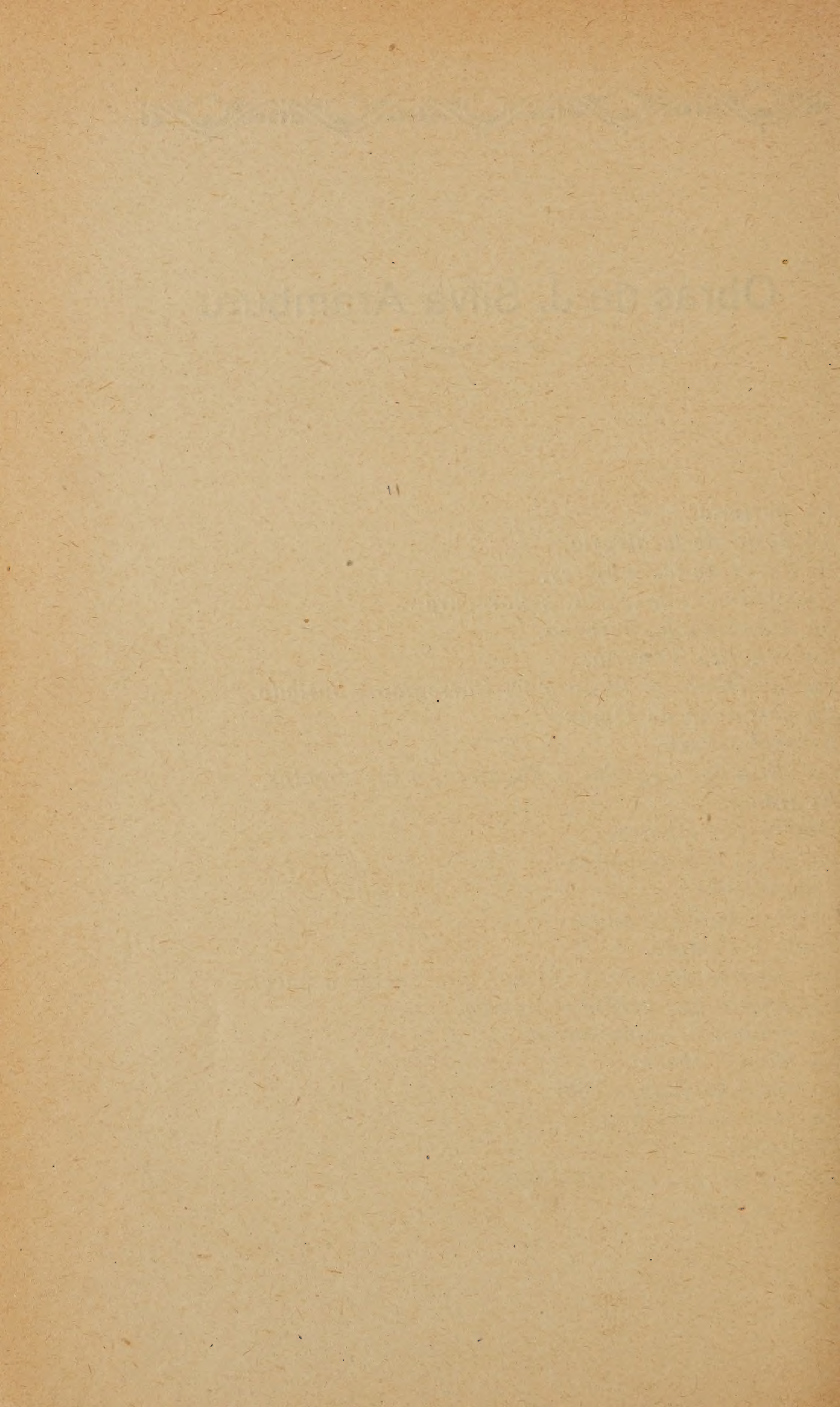
TELON

FIN DE LA COMEDIA



Obras de J. Silva Aramburu

La portería.
La fiesta de la alegría.
El terror de las mujeres.
Escribidme una carta, señor cura...
Su Majestad la Verbena.
La señorita Tenorio.
La mesonera de Pinto o El Corregidor, burlado.
La cortesana de Omán.
Freskales-Park.
La chica del «Aguila» o Zapatero, a tus zapatos.
El timo.
Dinero por alhajas.
El debut del «Sabañón».
Chiquilladas.
La mancha de la mora.
Daoiz y Velarde.
Los pícaros doctores, o Amor que vuelve a nacer.
El hombre que perdió el tiempo.
La sombra del manzanillo.
La reina Topacio.
La cinta de Blanca-Flor.
La leyenda del beso.
Perdigón.
¿Quién se casa con Paulina?...
¡Oh, la radio!...



Precio: TRES pesetas.